

***DEL ENEMIGO  
EL PRIMER  
CONSEJO***

***TIRSO DE MOLINA***

**Free**editorial 

***PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:***

- **ALFONSO, conde**
- **FEDERICO**
- **ARNESTO**
- **ASCANIO**
- **LUCRECIA**
- **SERAFINA**
- **PORTILLO**

# ACTO PRIMERO

*Salen ALFONSO y ASCANIO, envainando las espadas*

ALFONSO: Vuelve a ocultar el acero  
mientras que pasa esa gente;  
que en lugar menos patente  
concluir, Ascanio, quiero  
dificultades de amor,  
que en tu competencia estriban.

ASCANIO: De ordinario los que privan  
hacen deidad el favor  
que sus príncipes les dan;  
y en señal de su altivez  
pasan la raya tal vez  
de la modestia. Ya están  
en su lugar las espadas,  
y la mía, te prometo  
que--en fe del nuevo respeto  
que a privanzas bien logradas,  
en quien usa cuerdo de ellas,  
debe el vasallo de ley,  
porque el gusto de su rey  
mira retratado en ellas--  
no salga, aunque la provoques  
segunda vez a ofenderte.  
Téplate, conde, y advierte  
que no porque el cielo toques  
del favor que el César te hace  
es bien que desalumbrado,  
con las alas de privado,  
si el sol Ícaros deshace,  
te atrevas a quien te iguala  
si no en dicha, en calidad.

ALFONSO: No niego yo la igualdad  
que por noble te señala  
ni al verme favorecido,  
atribuyas intereses  
de venganzas, que cortesés  
en mi privanza, han tenido  
hasta este punto encerrado  
en el alma mi rigor;  
que a valerme del favor  
con que el César me ha premiado,  
con él te descompusiera  
de Milán te desterrara,  
los estados te quitara,  
y su enojo te prendiera  
sin necesitar agora  
desafíos permitidos  
generalmente a ofendidos;

pues tu discreción no ignora  
que el privar suele poner  
freno a quien se le atrevió,  
no con las armas cual yo,  
sino con las del poder.

ASCANIO: Juntas, don Alfonso, en una  
esas dos cosas opuestas;  
agravios me manifiestas  
con dichas de la Fortuna  
que con el César alcanzas,  
y hacen tu esfuerzo mayor  
arrojos de tu valor,  
soberbias de tus privanzas.

Y como uno y otro abarca  
la ciega pasión que tienes,  
no miras que a reñir vienes  
con espada más de marca.

Pero supuesto que yo  
ya me dispuse a envainarla,  
sin que intente desnudarla  
contra ti porque te dio

Autoridad quien te nombra  
esfera de su secreto,  
y que en ti al César respeto  
--que en efeto eres su sombra--  
declárame la ocasión  
del enojo que te obliga  
a que conmigo desdiga  
tu hasta aquí cuerda opinión.

Satisfaré tu recelo,  
guardando tu autoridad  
con lenguas de la amistad,  
mejor que con las del duelo.

ALFONSO: Si quién eres ignorara,  
Ascanio, ocasión tenía  
de juzgar a cobardía  
la lealtad que en ti es tan clara;

Mas no por ese respeto  
te procures evadir;  
que hemos los dos de reñir  
en sitio mas solo y quieto,  
hasta que uno quede muerto  
mientras el otro procura  
la quietud que no asegura  
viviendo tú o yo; esto es cierto.

Y así para que no ignores  
quejas que en la voluntad  
engendran mi enemistad  
por gustos competidores,  
oye la justa razón  
con que me agravio, y advierte  
que menos que con tu muerte  
no admito satisfacción.

La condesa del Casal,  
si Seraflna en el nombre,  
también en naturaleza  
a tanto combate inmóvil,  
Gonzaga en nombre, y mi prima  
en deudo, aunque desconforme  
en la aplicación del alma  
que me olvida y que te escoge,  
quedó sin padres tan niña  
que apenas dio al tiempo en flores  
esperanzas su hermosura,  
si para mí sinrazones,  
cuando en la ilustre tutela  
de mi madre, viuda entonces,  
ensayando ingraticudes,  
dio el primer fillo a rigores.  
Criámonos los dos juntos,  
puesto que en la edad conformes,  
tan opuestos en las almas,  
en gustos e inclinaciones  
que cuanto yo apetecía  
le daba en rostro; desorden  
bella por varia que influyen  
celestes constelaciones.  
Yo adorándola penaba  
los instantes que en la noche  
de sn ausencia padecía  
amorosas privaciones;  
y ella, en viéndose presente,  
llorando sembraba en flores  
desdenes que ya gigantes  
son de mi imposible montes.  
Jamás en juegos pueriles  
pudieron años menores  
reconciliar amistades  
ni recíprocas acciones,  
hasta que aborrecimientos  
contraponiéndose a amores,  
pronosticaron desdichas  
que ya mis males conocen.  
Crecló mi amor con desvíos,  
si hasta allí niño, ya jóven,  
y crecieron sentimientos  
más fleros, cuanto más hombres.  
Parece que en Serafina  
los años y disfavores  
sobre apuesta se aumentaban  
al paso que mis temores.  
Ya en el abril nuestra edad,  
a su gusto humilde y dócil,  
buscaba con que obligarla;  
tal vez despoblando el bosque  
de amorosos pajarillos,  
en azafates de flores

nidos la llevaba, o cunas  
de géminis ruisseñores;  
tal vez el corzo manchado,  
y tal discurriendo ei monte,  
la di, por prenderla Vénus  
al homicida de Adonis.  
Mil fiestas vestí de galas,  
mil galas cubrí de motes,  
mil motes cifraron quejas,  
y mil quejas dieron voces  
contra mil ingratitudes  
que, hallando piedad en bronces,  
en ella sólo sirvieron  
de aumentar desprecios dobles.  
Como es Amor mercader  
y, si no le corresponden,  
quiebra su caudal fallido  
y por lo más flaco rompe,  
rompió en mí por la salud.  
¿Qué mucho? Valientes robles  
besan las rústicas plantas  
de quien les duplica golpes.  
Llegué a la muerte. ¡Olalá  
como perdí los colores,  
perdiera el último aliento  
y ahorrara penas atroces  
que aumentando de día en día  
agravios a indignaciones,  
para hacerse inespugnables,  
buscan celos coadjutores!  
Vio mi madre mi peligro  
y, adivinando de donde  
procedían los efetos  
de causes que el pecho esconde,  
piadosas solicitudes  
inventaron persuasiones,  
encaminaron promesas,  
ruegos, caricias y amores  
con que obligar a mi ingrata  
a que añadiendo eslabones  
al parentesco, aceptase  
el ser mi amada consorte.  
Propúsola de mi muerte  
los infalibles temores,  
el malogro de mis años,  
las muchas obligaciones  
de parienta, de pupila,  
de generosa, de noble,  
y la crueldad que ganaba  
con el cielo y con los hombres  
ocasionando mi muerte;  
apoyando persuasiones  
con lágrimas que ablandaran  
a los tigres mss feroces.  
Oyó, si no enternecida,  
atenta, importunaciones

piadosas, no voluntarias;  
pidió plazo, resolvióse,  
al parecer, a pagar  
amantes ejecuciones;  
mas cuando el alma no admite,  
¿qué importa que el cuerpo otorgue?  
Dióme salud en albricias  
este contento, y quitóle  
la suya a mi hermoso dueño;  
yo convaleciente entonces  
por ver mi amor admitido,  
y ella enferma. Con un golpe  
nos dieron la vida y muerte  
unas mismas ocasiones.  
Como al paso me aborrece  
que quiere mi amor la adore;  
fue la causa mi esperanza  
de sus desesperaciones.  
Llegó al cabo, visitéla;  
y ella, eclipsados los soles,  
perdición de mi quietud  
cuando de mis gustos norte,  
gualda el jazmín y el clavel,  
nublados los arreboles,  
los granates ya violetas,  
y el rubio oriente ya noche,  
viéndose a solas conmigo,  
animada incorporóse  
en la cama, y tras un "ay,"  
me dijo aquestas razones,  
"Don Alfonso de Gonzaga,  
el ordenado desorden  
de las estrellas distingue  
las almas e inclinaciones.  
Si tuvieran las dos nuestras  
inflüencias uniformes  
y la voluntad pagara  
las dendas que os reconoce  
y el cielo imposibilita;  
el ser, que de un tronco noble  
en los dos nos da una sangre  
que generosa nos honre;  
la regalada tutela  
que en esta casa da nombre  
más de madre que nutriz  
a quien más años deudores  
mi crianza le confesan;  
las partes que os anteponen  
a todos vuestres iguales  
cuando no a vuestros mayores;  
¿qué dichas no ocasionaran  
a darme amor los blasones  
que su yugo hacen felices  
que tu paz hacen conformes?  
No quiso el cielo, no quieren  
las opuestas condiciones

que en los dos se contrarían  
que suerte tan feliz goce.  
Alfonso, yo os aborrezco  
más que la luz --no os asombre--  
a las tinieblas eternas,  
la lealtad a las traiciones.  
¿Qué importará que obligada  
el sí a vuestra madre otorgue  
de esposa vuestra si al fin  
es fuerza que se malogren  
mis años; que no pudiendo  
amaros, lijeros corren  
en el abril de su curso  
al mar que las vidas sorbe?  
Si sois verdadero amante,  
antepondréis mis pasiones  
a las vuestras--¿quién lo duda?--  
y sin sufrir que despoje  
la muerte, que espero cierta,  
mi edad en flor, daréis orden  
de olvidarme o permitirme  
que en piélagos no me engolfe  
imposibles de vencer  
porque antes el primer móvil  
dejará de arrebatarse  
tras sí los celestes orbes  
que yo quereros bien pueda.  
Esto baste y esto sobre  
para quien ama perfeto,  
o adquirirá fama torpe."  
Dijo, y con un parasismo  
peligroso, persuadióme  
a los repudios vitales,  
castigo del primer hombre.  
¡Juzgad vos de qué manera  
queda quien la sentencia oye  
capital, y ve sin vida  
el alma de sus acciones!  
Sentí...pero esto se deje  
a amantes contemplaciones;  
que cuanto más las pondero,  
se quedan más inferiores.  
Volvió en sí desde allí a un rato  
y yo, con pasos veloces,  
con desengaños mortales,  
con homicidas dolores,  
sin hablarla y despedirme,  
en un caballo de monte,  
solo, aunque no desepares,  
cuando espiraba la noche  
salí de Milán, poblando  
de quejas y compasiones  
los aires con mis suspiros,  
con mis desdichas los bosques,  
deseando hallar la muerte  
que al infelice se esconde.



Pasé a Alemania y en ella,  
mudando el traje y el nombre,  
serví al César Federico  
que allanaba los cantones  
del esguízaro rebelde,  
tudesco y grisón, adonde  
con solamente una pica,  
fueron desesperaciones  
hazañas que me ganaron  
si no ventura, blasones.  
Obligado el César de ellas,  
generoso aficionóse  
a honrarme y fuéme premiando  
desde los más inferiores  
a los cargos más sublimes  
hasta fiarme en su corte  
el gobierno de su imperio,  
consultas y provisiones.  
Como mi apellido y patria  
negué y me llamó don Lope  
de Haro, linaje ilustre  
entre Martes españoles,  
no me conoció ninguno  
y así en Milán publicóse  
mi muerte por la codicia  
de intereses sucesores  
que, causándola a mi madre,  
estados y posesiones  
dividieron avarientos,  
perdieron disipadores.  
Era yo de Castellón  
y Castelfredro conde  
que, feudatario al imperio,  
no pueden nuevos señores  
poseerle, si del César  
confirmados con el nombre  
e investidura primero  
por dueño no le conocen.  
A esta causa Serafina,  
que entre algunos pretendientes  
es la más propinqua en sangre  
a mis estados, valióse  
de su acción delante el César;  
y mediando intercesiones,  
le suplica que en mi herencia  
la ampare y poseione.  
Supo ser yo su privanza  
y que sólo por mi orden  
se gobernaba el imperio  
y buscando protectores,  
sin conocerme, me ruega  
que por su justicia torne  
y no permita, yo muerto,  
que ambiciosos la despojen.  
Halléme heredado en vida,  
rogado ofendido, y dióme

la ocasión a manos llenas  
venganza en satisfacciones;  
pero el Amor, siempre hidalgo,  
que crece más con rigores,  
como dios perdona injurias,  
como rey reparte dones,  
pudo más que mis ofensas  
y, burlando opositores,  
del modo que antes al alma  
la rendí mis posesiones.  
Ya condesa y yo por ella  
de favor y estados pobre,  
con don Alfonso crüel  
y amorosa con don Lope,  
me escribió agradecimientos  
en cuyas cifras esconde  
deseos que satisfagan  
mis servicios acreedores.  
Correspondiónos la pluma  
y quedéle a sus renglones  
deudor, si no a sus palabras  
por quee, aumentando favores  
y terciando medianeros,  
Federico al fin me escoge  
por su esposo, y ella alegre  
fiestas hace y lutos rompe.  
Bajó el César a Milán  
porque en ella se corone  
de la segunda diadema  
hasta que en Roma le adorne  
con la tercera dorada  
el mayor de los pastores;  
Saliéndole a recibir  
entre grandes y barones  
Serafina, que engañada,  
al punto que me conoce  
alienta aborrecimientos  
y repudia obligaciones  
por no cumplirme escrituras  
con frívolas evasiones.  
Jura malograr sus años  
antes que esposo me nombre.  
El César, que conociendo  
quien soy junta admiraciones  
a premios con que la obligue  
y su rigor no provoque  
temores y ruegos mezcla;  
mas ¿qué temor hay que importe  
contra su natural rebelde  
dispuesto a persecuciones?  
Ascanio, yo sé que en vos  
los ojos y el alma pone  
después que, desengañada,  
mis servicios desconoce.  
Si, de competencias libre,  
fueron causa sus rigores

de voluntarios destierros  
cuando a segundarlos torne,  
¡juzgad vos cuál volverán  
llevando martirios dobles  
tormentos hasta aquí simples  
y ya con celos disformes!  
¿Vos premiado, yo ofendido,  
y que mis años malogre  
para mí Dafne crüel,  
para vos tierna Leucótoe?  
No, Ascanio. O muriendo yo  
libre vuestra dicha goce  
bellezas que no merezco,  
o muerto vos, desahoguen  
celos un alma que espera  
salir de estas confusiones.  
Mañana al amanecer,  
si acudís--que siendo noble,  
sí haréis--a Valdearrayán  
donde no haya quien estorbe  
o la venganza a mis celos  
o el triunfo a vuestros amores.

*Vase don ALFONSO*

ASCANIO: Yo no tengo voluntad  
a Serafina si bien  
conozco de su beldad  
que cuantos sus ojos ven  
la rinden su libertad.  
Lucrecia es de mis desvelos  
ocupación peregrina.  
¿Qué importa que forma celos  
y se los dé Serafina  
a Alfonso, cuando los cielos  
niegan la correspondencia  
que, por oculta aversión  
la aparta de su presencia?  
Donde no hay inclinación,  
no puede haber competencia.  
No inclinándome a su dama,  
mal con él competir puedo;  
si ella muestra que me ama  
y le aborrece, ¿en qué quedo  
culpado yo? ¿A qué me llama  
al campo, o sobre qué estriba  
este enojo mal fundado?  
Mas la soberbia derriba  
la prudencia en el privado,  
y Alfonso muestra que priva.  
Cuando en el campo me aguarde  
y hagan sus celos alarde  
de lo que en mí no es delito,  
aunque con él no compito,  
daré muestras de cobarde  
si al sitio y plazo no acudo;

y, en acudiendo, el favor  
del César será su escudo.  
Mas cumpla con mi valor  
la fama que ofender pudo  
y castigue sinrazones  
la espada, que lengua fue  
contra ciegas objeciones,  
porque dé a las obras fe  
quien no oye satisfacciones.

*Quédase a un lado del salón, viendo  
venir el emperador FEDERICO y a SERAFINA*

FEDERICO: Si el ser yo su intercesor  
no baste para obligaros  
y podéis empeñaros  
de mi gusto y de su amor,  
fuerza será, Serafina,  
dar al derecho lugar  
con que Alfonso ha de tornar  
a su estado.

SERAFINA: Ni él se inclina,  
gran señor, a preteader  
esposa que interesable  
no corresponda agradable  
a su amor ni a mí el perder  
a Castellón. ¿Será justo  
que contra mi voluntad  
cative la libertad  
si con ella pierdo el gusto?  
¿Qué aprovechará el decir  
que le amo por no ofenderos,  
que grato intento teneros,  
que el sí le doy por serviros,  
si en muestras de sus enojos  
imposibles de sufrir,  
veis mil veces desmentir  
en mí a la lengua los ojos?  
Quede sin hacienda yo  
y quede con libertad.

FEDERICO: No os marece esa crueldad  
quien su estado en vida os dio.

SERAFINA: Confiesa el entendimiento  
lo que rebelde resiste  
la voluntad, que consiste  
en el vario movimiento  
de los cielos, que disponen  
que al conde no quiera bien.  
Yo misma culpo el desdén  
que mis dichas descomponen;  
mas son de tal calidad,

que llevándome tras sí,  
ni a él le puedo dar el "sí,"  
ni de vuestra majestad  
--perdone mi desvarío--  
cumplir el justo deseo.

FEDERICO: Yo en las estrellas, no creo  
que contra el libre albedrío  
haya fuerza.

SERAFINA: Esa verdad  
ya es fe, que no es opinión;  
mas causando inclinación  
sin forzar la voluntad,  
me parece desatino  
digno de cualquier error  
cautivarme sin amor  
al dueño a quien no me inclino.  
Alfonso su estado cobra  
y estime este desengaño;  
que en mí será mayor daño  
quedar cautiva que pobre;  
y crea, pues desoblo  
con tan libre claridad  
así a vuestra majestad  
que no puedo más conmigo.

FEDERICO: Quedáos con Dios; pero advierta  
vuestro resuelto desdén  
que a mis agravios también  
abrís, señora, la puerta;  
y que ya vuestro rigor  
no sólo al conde provoca  
sino que en ofensa toca  
que hacéis al emperador.  
Por el conde intercedí;  
mas si yo no os obligare,  
quien con vos se desposare  
me dará pesar a mí.

SERAFINA: Gran señor...

FEDERICO: ¿Aquí estáis vos,  
Ascanio?

ASCANIO: Siempre me empleo  
en que os siga mi deseo  
sirviéndoos.

FEDERICO: Quedáos los dos.  
Pienso que así os obligo.  
No sé yo quien se inclina  
a amar más a Serafina  
que a ser, Ascanio, mi amigo.

*Vase FEDERICO*

ASCANIO: (A mí viene enderezado **Aparte**  
este aviso. ¿Hay cosa igual?  
¡Del conde tratado mal,  
del César amenazado,  
y yo libre de ofendellos!)  
Serafina--¡vive Dios!--  
que he de perderme por vos.  
Yo adoro los ojos bellos  
de Lucrecia. Alfonso os ama.  
Federico le apadrina.  
Mi voluntad no se inclina  
a abrazarme en vuestra llama.  
Mi prenda, por vos celosa,  
rayos de enojo me envía.  
El conde me desafía.  
La presencia rigurosa  
del augusto me amenaza.  
Vos perdeis a Castellón  
si mudando de opinión  
no dais en esto otra traza.  
Mirad lo que hemos de hacer  
porque si vuestra presencia,  
estando sin competencia,  
en mí no pudo encender  
llamas que me den cuidado,  
ya vos veis lo que podrá  
en quien receloso está  
de un monarca y un privado.

SERAFINA: En el pecho generoso,  
Ascanio, la privación  
da apetito a la afición,  
porque en lo dificultoso  
se acredita lo invencible.  
Cuando yo no mereciera  
que desvelo vuestro fuera  
mi persuasión apacible,  
el opuesto poderoso  
os había de obligar  
a vencer y porfiar,  
o enamorado o temoso;  
que yo después que el augusto  
me pone tasa en quereros  
y con temores severos  
pretende forzar mi gusto,  
tanto mi altivez animo  
sin volver un punto atrás  
que al paso que os quiero más  
más al conde desestimo.  
Mirad vos con qué valor  
osaréis desobligarme  
cuando habíades de amarme  
por sólo el competidor.  
Mas pues del campo os salís,

podrán decir los que os ven  
no que no me queréis bien,  
mas que de cobarde huís.

*Vase SERAFINA*

ASCANIO: ¡Vive Dios que es caso recio;  
que esto estribe ya en porfía!  
El conde me desafía  
y doy causa a mi desprecio  
cediéndole la ventaja.  
Si voy al César irrito.  
Si ve que con él compito,  
Lucrecia el favor ataja  
con que mi dicha enriquece.  
Pues ¿qué medio he de elegir?  
No amando, ¿he de competir?  
Sí, pues que se ensoberbece  
un privado presumido  
de su dama desechado.  
Saldré, si no enamorado,  
por lo menos ofendido.  
Y volviendo por mi fama,  
me hallará competidor  
el conde de su valor  
puesto que no de su dama.

*Vase ASCANIO. Salen LUCRECIA y PORTILLO*

LUCRECIA: En fin, ¿vos sois español  
y servís al conde?

PORTILLO: Fui  
español, porque nací  
sobre un pantuflo del sol,  
Pues cuando las colchas alza  
con que le arropa la noche,  
el sol desde el mismo coche  
sacando un pie, se le calza.

LUCRECIA: ¿Cómo ansí?

PORTILLO: Es el colodrillo  
de Castilla que se llama  
la vieja, honrando su fama  
espárragos de Portillo.  
Su nombre me cupo a mí  
y de ella me desterró  
cierto hurgón que despachó  
un alma al limbo. Salí  
a ver el mundo alemán  
con cargo de mochillero;  
fui dos años mosquetero.  
Hizo el César capitán

a don Alfonso Gonzaga.  
Aficionóseme luego,  
y desbalijada al juego  
como se tardó la paga,  
me halló la necesidad  
faltillo de ropa blanca.  
Como la nobleza es franca,  
valíme de su amistad  
y, en fe que le satisfago,  
de *cama-rada* me dio  
medio nombre porque yo,  
señora, la *cama* le hago.

LUCRECIA: Según eso privaréis  
mucho con él.

PORTILLO: No me ha dado  
nada, y hállome privado  
de todo; mas no penséis  
que me hace poca amistad  
pues me fía su secreto  
por continuo y por discreto.

LUCRECIA: ¿Tiene mucha voluntad  
a Serafina?

PORTILLO: Eso es plaga.  
Ni a Angélica el paladín,  
sus bemoles a Jusquín,  
al hida;go la biznaga,  
a doña Catrina el moño,  
al galán la bigotera,  
a Pérez la lavandera,  
a erizo breva o madroño  
causan tan grandes cuidados;  
y, porque así le advertimos  
todos los que le servimos  
andamos serafinados.

LUCRECIA: ¿Y es posible que con él  
no acaban los desengaños  
de curarle en tantos años?

PORTILLO: No, señora; ella es crüel  
con sus ribetes de zaina  
y mi señor que lo ignora,  
tal vez, puesto que la adora,  
la llama faldas de Humaina.  
Pero ¿por qué es el exámen?

LUCRECIA: No sé.

PORTILLO: ¡Linda dameraía!  
¿Quiérele bien su siría?



LUCRECIA: No estimarán que los amen  
los que están acostumbrados  
a vivir de menosprecios.

PORTILLO: Hay apetitos tan necios  
que en fe de andar opilados  
buscan manjares caducos.  
Cierto melindre sé yo  
que en un convite trocó  
perdices por almendrucos.  
Quien a lo agrio es inclinado,  
con lo dulce se halla mal;  
la condesa del Casal  
por lo acedo le ha agarrado.  
Avinágrese vusía;  
ensuegre tal vez la cara  
porque si en ella repara  
nuestro conde, ser podría  
que antojos de su desdén  
nos le deserafinasen  
y agrio por agrio probasen  
cuál de ambas le está más bien,  
y a mi cuenta... Pero quedo;  
que sale el emperador.

LUCRECIA: Y con él vuestro señor.

PORTILLO: Pues atísbele a lo acedo.

*Salen FEDERICO y ALFONSO*

FEDERICO: Ni Serafina ha de usurpar condesa  
a Castellón que su señor os llama,  
ni aunque en su amor el vuestro se interesa,  
vuestra esposa no ha de ser ni vuestra dama.  
Mi autoridad en eso se atraviesa,  
no ya por vos, Alfonso; por la fama  
que correrá por el plebeyo abuso  
de que a mi gusto una mujer se opuso.

Quien al César desprecia medianero,  
cuando después os quiera, será en vano;  
pues no es digna que siendo vos lijero,  
mi respeto perdido, os dé la mano;  
ella y yo competimos, y ver quiero  
si mi favor en vos es tan liviano  
que atropellando agravios, determina  
amar contra mi gusto a Serafina.

ALFONSO: Gran señor, si merecen mis servicios  
premio en vuestra piedad...

FEDERICO: Tiene Lucrecia  
El alma puesta en vos, y en mí propicios  
favores cuando esotra os menosprecia.  
Estimad amorosos beneficios,

y altivez desdeñad, que por ser necia,  
merece justamente aborrecella,  
si no es que con vos puedo menos que ella.

*Vase FEDERICO*

LUCRECIA: Con tal intercesor, no pongo duda  
que agradecido deis a mi esperanza  
correspondiente amor, si es que os desnuda  
de indiscretas pasiones la venganza.  
Sana al enferma que los aires muda;  
enfermo estáis de amor. Haced mudanza  
y hallaréis en Lucrecia un pecho lleno  
de amor, preservación de ese veneno.

*Vase LUCRECIA*

PORTILLO: Si en consejos de estado tiene voto  
un mozo de tu cámara, que ignala  
la experiencia al deseo, sé piloto  
que en puertos sin provecho no jace cala.  
Lucrecia es bella, el César maniroto;  
váyase Serafina en hora mala  
o los dos nos iremos, si dejamos  
esta ocasión, y al César enojamos.

*Vase PORTILLO*

ALFONSO: Eso no, firmeza mía;  
con resistencia el valor,  
con imposibles Amor  
alienta su monarquía.  
quien de la posesión fía  
premios de gusto agradable,  
su esperanza hace culpable;  
quien sin premio amor procura  
sin dar servcis a usura,  
noble es, que no interesable.  
¿Qué importa que Serafina  
aborrezca mis intentos?  
Viva está en mis pensamientos;  
posesión gozo divina.  
Desdeñe a quien no se inclina;  
trate mi fe con rigor;  
que la fama haré mayor  
de mi inaudita alabanza  
si amando sin esperanza,  
es platónico mi amor.  
Iguales coronas den  
a la suya y mi firmeza;  
ella en mostrarme aspereza,  
yo en quererla siempre bien.  
Compita amor y desdén,

pues en esto iguales son,  
u niegue su inclinación  
la inclinación de mi empleo;  
que más vale ella en deseo  
que Lucrecia en posesión.

Dueño la hice de mi estado;  
gócele aunque aborrecido;  
que el amante bien nacido  
nunca quita lo que ha dado.  
Si el César está indignado,  
menos daño es no privar  
que de mí degenerar.  
Haya, como una mujer  
constante en aborrecer,  
un hombre firme en amar.

*Vase ALFONSO. Salen ASCANIO y SERAFINA*

ASCANIO: El emperador me envía  
a tomar la posesión  
des Casal y Castellón,  
y quiere que en tercería  
por don Alfonso y por vos  
se conserve en mi poder  
hasta examinar y ver  
cuál, señora, de los dos  
se cansa de porfiar  
y en su gusto corresponde,  
o vos eligiendo al conde,  
o él dejándoos de amar.  
Dad gusto al César, por Dios,  
y sacaréis de cuidado  
a Alfonso, al augusto airado,  
a Lucrecia, a mí y a vos.

LUCRECIA: Conquiste el César ciudades  
que después el conde adquiera,  
y no salga de su esfera  
a conquistar voluntades.  
Busque dama con amor  
su privado en quien se abraze;  
que es afrenta que se case,  
despreciado, por favor.  
Lucrecia por la ganancia  
os deje, que se le sigue,  
para que mudable obligue  
a más valor mi constancia;  
y vos, Ascanio, mostrad  
que sabéis satisfaceros,  
generoso hasta oponeros  
a una pasión majestad;  
que os tendrán por ignorante  
si vuestro amor deslucís,  
mientras agravios sufrís  
sin vengar celos amante;  
que yo en esta competencia,

de Castellón despojada,  
tengo hacienda excepcionada  
del César, pues en la herencia  
de mis padres sucedí,  
con autoridad bastante,  
cuando, interesable amante,  
mi dote améis más que a mí;  
que si primero os quería  
tibiamente, ya que os veo  
difícil, os deseo,  
y crece con mi porfía  
mi amor de suerte que trato,  
si no sale vencedor,  
morir; que en lances de amor,  
lo más caro es más barato.

ASCANIO: Juzgando vos disculpable  
ese desdén que aumentáis,  
porque de firme os preciáis,  
¿es bien que yo sea mudable?  
No, Serafina. Primero  
que os ame--ved si es factible--  
será el conde--si es posible--  
conmigo vuestro tercero,  
que yo, a hacerle agravio llegue.  
No os canséis en porfiar  
porque yo no os he de amar  
mientras él no me lo ruegue.

*Vase ASCANIO*

SERAFINA: ¿Por qué si eres niño, Amor,  
en los efectos criatura,  
te ofendes con la blandura,  
te aumentas con el rigor?  
¿No es mejor,  
siendo dios, que lo parezcas,  
que apetezcas  
finezas con que te obligues,  
que ingraticudes castigues  
y lealtades agradezcas?  
Pero dirás que es delito  
huír tu jurisdicción;  
que lo que está en posesión,  
es fuga del apetito.  
Solicito  
a Ascanio cuyos empleos  
por rodeos  
vencen mis riguridades,  
porque las dificultades  
multiplican los deseos.  
Muéstrame al conde crüel  
porque me sirve; y pudiera  
ser, cuando me aborreciera,  
que me muriera por él.

Siendo fiel,  
su firme lealtad castigo;  
a mi enemigo  
quiero fácil y amo ciega.  
Huyo, Amor, de quien me ruega  
y a quien me desprecia sigo.

*Sale ALFONSO, de camino*

ALFONSO: Para desocasionaros,  
Serafina, del aprieto  
en que césares rigores  
a vos y a mí nos han puesto;  
aunque de veros me prive,  
no hallo mejor remedio  
que ausentarme de Milán,  
si bien del alma me ausento.  
Mándame el emperador  
que segunda vez sea dueño  
de los estados que os di,  
y la libertad con ellos.  
A que no os ame me obliga  
como si en tales preceptos  
tuviera jurisdicción  
quien la tiene en el imperio.  
Contra vos esta indignado  
porque a influencias del cielo  
correspondéis desdeñosa,  
mis dichas aborreciendo.  
Yo no, Serafina mía,  
porque solamente en esto  
de conocer lo que soy  
me puedo llamar discreto.  
Bien sé que no tengo partes,  
si bien presunciones tengo  
de amaros, para quererme.  
Bien sé que merecimientos,  
hermosura, discreción  
pudieran, a conoceros  
la fortuna que os envidia,  
señora del mundo haceros.  
Sois serafín, más que en nombre  
en prendas que reverencio,  
y sólo otro serafín  
es digno de mereceros.  
Yo de partes desvalido,  
en pretensiones soberbio,  
desadichado en esperanzas,  
si dichoso en sus empleos,  
pudiera, pues os conozco,  
con faetones escarmientos  
reprimir intentos vanos,  
que han de quedar en intentos.  
Bien hacéis en desdeñarme  
y--¡ojalá como confieso

cuán loco soy en amaros  
furra sabio en no ofenderos!--  
mas como a vos os obligan  
estrellas y astros opuestos  
a aborrecerme indignada,  
a mí me obligan los mismos  
a adoraros presumido,  
No los culpo, antes les debo,  
venturoso en esta parte,  
la gloria del pretenderos.  
Que en Lucrecia mi amor mude  
me manda el César mi dueño  
o que me exponga a rigores,  
de la privanza herederos.  
No niego méritos yo  
de su belleza; mas niego  
que a obediencias coronadas  
pueda amor vivir sujeto.  
Prendas hace en vuestro estado  
--que pues os la di ya es vuestro--  
sin ver que andando desnudo  
Amor; nunca estriba en ellos.  
Para excusar, puus, peligros  
que no por mí por vos temo,  
notifico a mis pesares  
--¡ay Dios!--segandos destierros,  
Descansaréis, Serafina,  
no viéndome, y yo contento  
con saber que lo estáis vos,  
si no amado, satisfecho  
en que os sirvo, entretendré  
amorosos pensamientos  
que por contemplarlos ricos,  
pienso conservar eternos.  
Fernando reina en España,  
Granada llama extranjeros  
que contra el moro sitiado  
ganen valor, si no premios.  
Negaré mi patria y nombre:  
y al César, que por vos dejo,  
forzará a daros mi estado  
la fama de que soy muerto  
si, antes que deje a Milán,  
a las manos y el acero  
de quien amáis y me aguarda  
en el campo, no lo quedo.  
No volverá Italia a verme,  
condesa, viven los cielos,  
si no es que, del alma libre,  
la compasión traiga el cuerpo.  
Ella es vuestra, ya os la di;  
a Castellón os entrego;  
en vida me sucedéis,  
y en ella me desheredo.  
¡Ojalá que como os doy  
el pobre estado que tengo,

en vuestras sienes honrara  
los tres lauros del imperio!  
Pero el vuestro Ascanio goce,

*Enjúgase los ojos*

y perdonad, que los celos  
mis ojos afeminaron,  
y sin consulta salieron  
del alma lágrimas nobles;  
que celos y amor a un tiempo,  
imitación de nublados,  
vierten agua y llueven fuego.

*Quiere irse*

SERAFINA: Esperad, conde, esperad;  
que no acredita su esfuerzo  
quien en los trances mayores  
teme el golpe y huye el riesgo.  
Amar sin correspondencia  
de sus damas no es tan nuevo  
que en martirios del amor  
no halléis valientes ejemplos.  
Merecer perseverando  
sin esperanza de premio  
da a la voluntad quilates,  
y corona el sufrimiento.  
Si Federico, que en vos  
restituye su gobierno  
y por el favor que os hace  
se humilla tercero vuestro,  
os ve ausentar por mi causa,  
¿quién duda que a los primeros  
añada enojos segundos  
quedando yo blanco de ellos?  
Yéndoos vos, peligro yo  
y no sólo no sucedo  
en vuestra herencia y estado,  
sino que los propios pierdo.  
¡Ved qué traza de buscar  
a mis quietudes remedio,  
si en vuestra ausencia pelagra  
la fe vuestra y mi sosiego!  
Ausentáos si es que intentáis  
vengaros, pues lo merezco;  
pero desnudaos del nombre  
de amante firme y perfeto.

ALFONSO: Eso no, que es imposible;  
pero ¿qué traza hallaremos  
que a vos enojos no os cause  
si os quejáis a que me ausento?

SERAFINA: Un modo imagino, conde,  
tan difícil como nuevo  
que si vos le ejecutáis,  
os dará el lugar supremo  
de cuantos vasallos honran  
a Amor, y en su golpe ciego  
con hazañas inauditas  
el *non plus ultra* pusieron.

ALFONSO: No seré ya desdichado  
si, dándoos a vos contento  
en algo, puedo alabarme  
que si no alcanzo, merezco.  
Proponedle, pues, señora.

SERAFINA: Propondréle, si bien temo  
que tiene de deslucir  
las finezas que habéis hecho,  
rehusándole por extraño.

ALFONSO: Por agraviarme hasta en eso  
dudáis de quien, por serviros,  
es martirio de sí mismo.  
Lo que os amo acreditad.

SERAFINA: Ahora bien, no escuchéis cuerdo;  
que para lo que os propongo,  
loco, Alfonso, he menesteros.  
Yo no os tengo voluntad  
ni, aunque lo procuro, puedo  
hacer que el alma rebelde  
se allane al conocimiento.  
El César severo insiste  
en que paguéis los empeños  
de Lucrecia y la sirváis  
amante por gusto ajeno;  
Desdeña mis pretensiones  
Ascanio, celoso de esto;  
que nadie es cortés con damas  
si tiene por otra celos.  
Yo, que le amaba remisa,  
cuanto más difícil veo  
mi ocupación amorosa,  
más su imposible apetezco.  
Si deseáis, pues, mi gusto  
como afirmáis y lo creo,  
haciendo la costa vos,  
fácil salida hallaremos.  
Fingid que a Lucrecia amáis  
y, obediente a los preceptos  
del César, haced ensayos  
de amor si no verdaderos,  
que en vos no serán posibles,  
cautelosos a lo menos,  
que a Lucrecia persuadan  
y al César dejen contento.



Obligad después a Ascanio  
con dádivas y con razones,  
ya animándole a privanzas,  
ya ofreciéndole gobiernos,  
a que su esposa me elija;  
que en él temores y apremios,  
no siendo cual vos constante  
sabrán conseguir tal intento.  
El César entónces, grato  
al fiel reconocimiento  
con que ejecutáis su gusto,  
y apacible a vuestros ruegos,  
me admitirá a vuestro estado,  
con otros satisfaciendo  
vuestra lealtad y servicios,  
pues tiene tantos en feudo;  
y yo, allanando rendida  
dificultades que han hecho  
tan apetecible a Ascanio.  
Si en mi dominio le veo,  
le vendré a menospreciar  
al paso que le pretendo;  
que siempre enfada adquirido  
lo que se envidiaba ajeno.  
Olvidaréle, no hay duda  
y a vos que con otro dueño  
en sus favores prohijado  
os contemplaré extranjero.  
Viéndoos ya dificultoso,  
podrá ser--no os lo prometo--  
si amante os aborrecía,  
que os apetezca severo.  
Mío fuistes siempre, conde,  
y las mujeres tenemos  
galas y amantes antiguos  
de ordinario en poco precio.  
Barato me habéis costado,  
don Alfonso; encarecéos.  
Hacéos más estimar,  
desviad ojos, dadme celos.  
Mujer soy como las otras.  
Haced diligente en esto  
la prueba, y del enemigo,  
Alfonso, el primer consejo.

*Vase SERAFINA*

ALFONSO:     ¿Qué de cosas encontradas  
banderizan pensamientos,  
que antes desesperaciones  
esperanzas van tejiendo!  
¿Que no me ausente? ¿Que sirva  
a Lucrecia y que ofreciendo  
amistad a Ascanio y cargos  
contra mí sea su tercero?

Desafiéle celoso,  
¿y mándanme ser a un tiempo  
su abogado y su fiscal?  
¡Qué terrible mandamiento!  
Pero, en fin, lo prometí.  
Palabras de amor perfeto  
en quien las ofrece noble  
traen fuerza de juramiento.  
¡Sentenda desesperada!  
Mas, si bien la considero,  
a apelaciones convida  
con vislumbres de remedio.  
Que es mujer como las otras  
me avisa, y apeteciendo  
lo difícil las demás,  
lo fácil les es molesto.  
¿Qué mucho que las imite!  
Siempre me ha visto sujeto,  
sin resistencia a rigores,  
a las leyes de su imperio.  
Lo continuo causa enfado,  
lo exquisito da deseos,  
y lo que Amor dificulta  
hacen posible los celos.  
Que celos la dé me manda  
y quien me avisa con ellos,  
principios muestra de amor,  
más piedad, rigores meno.  
Ya yo sé que cautelosa  
me facilita con esto  
a persuadir a su amante  
que la corresponda tierno;  
pero también hemos visto  
que al contrario más soberbio,  
queriendo acertar, le matan  
tal vez sus ardidés mesmos.  
Démosla celos, Amor;  
voluntad encarecéos;  
ojos míos, divértíos;  
asistencia, acudid menos;  
pensamiento, obedezcamos  
a nuestro enemigo en esto  
desde hoy, y del enemigo,  
Amor, el primer consejo.

***FIN DEL ACTO PRIMERO***

## ***ACTO SEGUNDO***

*Salen ALFONSO y ASCANIO*

ASCANIO: Si en mi muerte o en la tuya  
consiste el tener sosiego  
yo u tú, ¿qué esperas?

ALFONSO: Son luego  
los celos, la fuerza suya  
sólo en la materia estriba  
que sus llamas manifiesta  
y no es posible, cuando ésta  
le falta, que el fueqo viva.  
Túvelos de ti, ya estoy  
de suerte desengañada,  
que no ofendido, obligado,  
con esta espada te doy  
los brazos, si los estimas,  
y esta cédula con ellos  
que obligue a correspondellos,  
pues a mi instancia sublimas  
tu nobleza, ahora mayor.  
El César, conmigo franco,  
provisiones me da en blanco,  
porque conozco mejor  
--según dice, y no se engaña--  
los méritos y sujetos  
de sus vasallos discretos.  
La majestad se acompaña  
siempre de la adulación;  
no sé qué tiene con ellos  
la verdad, que huyendo de ellos,  
tan raras las veces son  
que sigue la autoridad  
de majestades servidas;  
que un rey, si no es por oídas  
no conoce a la verdad.  
Esto inventó los privados,  
que, en fin, como más tratables,  
llanos y comunicables,  
pueden distinguir estados  
y conociendo sugetos,  
premiar los más suficientes,  
pues por segundas agentes  
influye Dios sus efetos;  
y ésta es la causa que en mí  
descanse el César acciones  
y, dándome provisiones  
en blanco, no fíe de sí  
lo que de mi lealtad fía.

Conozco tu discreción,  
y así la gobernación  
de Milán y de Pavía  
te despacho en nombre suyo.  
Vicario del sacro imperio  
eres; que en su ministerio  
lo que le has de honrar arguyo.  
Bésale al César los pies.

ASCANIO: Con armas aventajadas  
en las sospechas pasadas  
te trajo aquí el interés  
amoroso; pero agora  
que, no usando del favor  
que te hace el emperador,  
tu partido se mejora.  
De tu valor das indicios;  
ya yo estoy en tu poder  
porque no hay para vencer  
armas como beneficios.  
Estimo los que me has hecho  
y que conozcas de mí  
que nunca te deserví  
y con esto satisfecho,  
renuncio la dignidad  
que por el César me ofreces;  
pues si por ella apeteces  
que profese tu amistad,  
no por cargos lisonjeros  
se han de obligar mis cuidados  
porque de amigos comprados  
pocos salen verdaderos.  
Desinteresable intento  
servirte, Alfonso.

ALFONSO: Ya sé  
Los quilates de tu fe  
y que del entendimiento  
distinta la voluntad,  
para que se facilite  
tal vez cohechos admite;  
pero como es la verdad  
del entendimiento objeto,  
sola ella le satisface;  
que el prudente jamás nace  
al vil interés sujeto.  
Yo a lo menos nunca oí  
que haya por interesados  
entendimientos cohechados,  
pero voluntades sí.  
La tuya, por ser bidalga,  
ni admite ni paga pechos;  
sólo recibe derechos  
de la mía; y esto valga  
para obligarte a caudales  
de nuestra amistad testigos;

que no seremos amigos  
perfectos, no siendo iguales.  
Sentirálo Federico  
si desprecias su favor.

ASCANIO: Por ti soy gobernador  
puesto que te certifico,  
amigo, que para sello  
tuyo yo, no necesitas  
diligencias exquisitas.

ALFONSO: ¡Ay, noble Ascanio, y qué de ello  
te he menester!

ASCANIO: Dime en que,  
y ¡ojalá difícil sea  
tanto, que un milagro vea  
en mí de lealtad y fe  
el mundo!

ALFONSO: ¿Me cumplirás  
esa palabra?

ASCANIO: Dudando  
de mí, me estás agraviando.  
Declárate, y lo verás.

ALFONSO: No te espantes; que ha de ser,  
Ascanio, contra ti mismo  
lo que te pida. Un abismo  
en mí llegarás a ver  
de contradicciones locas  
si, encerrándote en mi pecho,  
en tu amistad satisfecho,  
las penas que siento tocas.  
Los imperios de un desdén  
me obligan con riesgo igual  
a cosas que me están mal,  
y que no te han de estar bien.  
Mira a qué estado he venido,  
que he de hacerte intercesor  
de un amor que no es amor,  
de un olvido sin olvido.  
Yo te tengo de oblijar  
a una acción que, si la dejas,  
de tu fe formando quejas;  
si la haces, me has de matar.  
A ser tercero te obligo  
por mí, Ascanio contra mí;  
como amigo ffo de ti  
lo que hicieras mi enemigo.  
Si no lo cumples, mi vida  
fin trágico ha de tener;  
y en cumpliéndolo, has de ser  
mi bienhechor y homicida.  
¿Has oído tú jamás

paradojas semejantes?

ASCANIO: Ponderaciones amantes  
exageran eso y más.  
Acaba de declararte.

ALFONSO: Yo aborrezco lo que adoro,  
desdeñoso me enamoro  
de quien dudo por amarte;  
que corresponda a mi intento  
con esta has de interceder  
por mí; con la otra has de ser  
agradecido violento.  
Has de aborrecer lo que amas  
y amar a lo que aborreces;  
si lo que adoro apetece,  
mi agravio vive en tus llamas;  
si a quien amas no desdeñas,  
de ti me quejo ofendido.  
Juzgarásme sin sentido  
o imaginarás que sueñas  
las quimeras que no entiendes;  
mas verás, cuando las sigas,  
que ofendiéndome me obligas  
y obligándome me ofendes.

ASCANIO: Conde, si no te declaras,  
o imaginaré que pruebas  
en mí amistades, por nuevas,  
dignas de experiencias raras,  
o desacreditarás  
la cordura que hasta aquí  
tanta opinión tuvo en ti.

ALFONSO: Declárome, Ascanio, más.  
Serafina, competencia  
de la belleza y rigor...

*Sale PORTILLO*

PORTILLO: Sabido ha el emperador,  
señores, vuestra pendencia.  
Mirad lo que habéis de hacer  
porque en vuestra busca sale  
hecho un tigre.

ALFONSO: Aplacarále  
el llegar a conocer  
la amistad que entre los dos  
hoy empieza a eslabonar  
lazos, que no han de quebrar  
el tiempo o la muerte. Adiós,  
que voy a desengañarle.  
Sígueme, porque después  
que gracias cuerdas le des,

puedas, con asegurarle,  
ejercitar el gobierno  
que ya te ofrece Milán.  
En confusion te tendrán  
las dudas que del infierno  
de mis ciegas confusiones  
sale, para atormentarme.  
Yo volveré a declararme.  
Sosiega imaginaciones.  
Mientras a cumplir te ofrescas  
leyes de amigo constante,  
Serás a mi ruego amante  
de quien--¡ojalá!--aborrezcas

*Vanse ALFONSO y PORTILLO*

ASCANIO: No es tan esfinge el enigma  
que, Édipo, yo no le entienda.  
A la acción que me encomienda,  
me alienta y me desanima.  
Cosas que le han de estar mal  
y que a mí no me están bien,  
¿qué han de ser si no es desdén  
que, con competencia igual,  
en Serafina procura  
correr con su amor parejas?  
Cuando me intimaban quejas  
desprecios de su hermosura,  
la respondí, "En vano os ciega  
tema que os ha de engañar  
porque yo no os he de amar  
si Alfonso no me lo ruega."  
Puede tanto en la mujer  
el desprecio y disfavor  
que en vez de apagarse amor,  
incendios suele crecer;  
y está de suerte sujeto  
a su gusto el conde amante  
que le obligará arrogante  
a que leal, si indiscreto,  
a su amor me persuada  
y a mi dama se aficiona.  
Por su intercesor me pone;  
la duda está declarada.  
¿No me dijo, "Si apetece  
mi amistad y fiel te llamas,  
has de aborrecer lo que amas,  
y amar a lo que aborreces"?"  
¿No me dijo, "Si esto entiendes  
verás, cuando lo prosigas,  
que ofendiéndome me obliqas,  
y obligándome me ofendes."  
¿Que tercié no me ha pedido  
por él, solicitador  
de un amor que no es amor,

de un olvido sin olvido?

Luego, fingiendo olvidar  
lo que más estima y precia,  
me obliga a que hable a Lucrecia  
por él. ¡Extraño obligar!

Mas ¿qué he de hacer? Ya le di  
palabra de obedecerle;  
amigo fiel he de serle  
pues ya se lo prometí.

A esto es bien que se sujete  
quien cohechos admitió  
e ignorante, como yo,  
lo que no sabe promete.

No me está mal que dé celos  
a Lucrecia, que en el conde  
divertida corresponde  
mal a mis firmes desvelos.

No la ama Alfonso si bien  
disimula que la adora.  
Si él finge que la enamora,  
finjamos acá también

y, andando amor por extremos,  
nuestras palabras cumplamos  
porque los dos pretendamos  
lo mismo que aborrecemos.

*Vase ASCANIO. Salen SERAFINA y LUCRECIA*

LUCRECIA: Conntenta te visito  
en fe de que te debo hoy infinito.  
¡Ay, bella Serafina!  
Amor correspondido desatina  
de gusto si, agraviado,  
locuras suele tratar desesperado.  
Si al conde Alfonso amaras,  
¡qué de esperanzas verdes marchitaras  
y porque le aborreces,  
¡qué de favores en mi dicha creces!  
De verme agora acaba  
tan amoroso que me deja esclava.  
Si tu amante primero,  
con límite le quise, ya le quiero  
tan sin él--no te espantes--  
que quinta esencia soy de los amantes.

SERAFINA: Aplaudo tu ventura:  
no es perfeto el amor que no es locura  
y, tanto de él te toca,  
que en vez de enamorada vienes loca.  
Mi primo el conde es cuerdo;  
en la elección con que pesares pierdo,  
causados de porfías  
opuestas siempre a incliniciones más  
doyte mil parabienes.



LUCRECIA: No eres mujer si envidia no me tienes;  
que en nosotras da pena  
voluntad despedida en casa ajena.  
No la tengas tú de esto,  
ni celos formes, ni el pesar molesto  
de que Alfonso te olvide.  
Llamas recuerde que el desdén despide;  
prosigue en desprecialle  
que mientras en tu agrado puerta no halle,  
a mi fe agradecido,  
ni temo celos, ni me asombra olvido.

SERAFINA: Cuando te sirva en eso,  
no haré mucho si ves lo que profeso.  
El darle pesadumbre  
y que en mí es natural si no es costumbre,  
aumentar sus enojos  
porque su vista es fuga de mis ojos;  
puesto que la experiencia  
que hizo mi desdén en su paciencia  
halla--y otros lo afirman--  
que sequedades el amor confirman,  
y al revés, los favores  
entibian gustos desmayando amores.

LUCRECIA: Es verdad. Si no es necio  
el retiro ni pára en menosprecio  
porque éste, en vez de daños,  
entre venganzas logra desengaños.  
Amor que se cultiva  
imita al hortolano que derriba  
de las plantas que poda  
ramas supérfluas, no la cepa toda.  
Quien ve en el mayo bello  
poblar el árbol arrogante el cuello  
y de yemas paridas  
pulular sus criaturas presumidas  
que, llenas de arrogancia,  
le chupan en pimpollos la sustancia;  
y quien ve al hortolano  
con riguroso acero y tosca mano  
cortar cogollos tiernos  
que se soñaban en el tronco eternos,  
juzgará, si no es sabio,  
que en vez de beneficios le hace agravio,  
pero verá el prudente  
que en fe de conservar lo suficiente  
lo que es superfluo arroja  
y por vestirle más, más le despoja;  
pero de suerte puede  
podarle el labrador, que seco quede.  
Así en el amor pasa,  
que presunciones hortolano tasa  
y, tal vez, sus favores  
desdeñoso limita, y corta flores;  
mas no ha de ser de modo

que por mucho cortar lo pierda todo.

SERAFINA: ¡Qué diestra en hortalizas  
ejemplos estudiosa alegorizas!  
Como el conde me enfada,  
cortar que no podar su amor me agrada.  
Deseo que se seque,  
y así no es mucho que instrumentos trueque  
y, en vez de podar ramas,  
derribe el tronco y amortigüe llamas.  
¡Plegue a Dios, ya que en flores  
su abril te alegra, que al coger no llores  
frutos que me apercíbe!  
Que aunque seco le juzgas, por mí vive  
y, encubriendo congojas,  
por darme el fruto a mí, te paga en hojas.

LUCRECIA: ¿Tan en poco me tienes  
que con favores yo, tú con desdenes,  
no sabré trasplantarle  
de tu amor a tu olvido, y regalarle  
de modo que en desprecios  
rinda tributos a desdenes necios?  
Pues yo te certifico  
que si pobre en tu amor y en mi fe rico,  
--porque vaya adelante--  
en metáfora de árbol nuestro amante--  
tan agrio le criabas  
con el desdén que a su lealtad mostrabas,  
ya que a mi amor mudado  
mi posesión le goza trasplantado,  
de tu agrio riguroso,  
y mi favor tratable y amoroso  
salga--tenlo por cierto--  
porque me envidies, tan sabroso enjetro,  
que agridulce, condesa,  
desabrida sin él juzgues tu mesa.

*Sale PORTILLO, y habla a LUCRECIA*

PORTILLO: El conde, en vuestra casa,  
esperándoos, instantes mide y tasa  
por siglos. Id, señora;  
que Amor, que es niño, sin el ama llora.  
Dadle el pecho al chiquillo  
y entradle a ver por mí; que soy Portillo.

LUCRECIA: Ya va echando raíces  
el árbol aunque más le esterilices.  
Serafina, ten cuenta  
del modo que en mi empleo se acrecienta.  
Verás que en tu hermosura  
sabe poco tu amor de agricultura.

*Vase LUCRECIA y hace que se va PORTILLO*

SERAFINA:     ¡Hola; no os vais vos! ¿Oís?  
          Hola.

PORTILLO:     ¿Soy yo el oleado?

SERAFINA:     Escuchad.

PORTILLO:     Voy a un recado.

SERAFINA:     ¿Que os llamo yo no advertís?

PORTILLO:     Esperando mi amo está.

SERAFINA:     ¿Hay mayor descortesía?

PORTILLO:     Perdone vuseñoría;  
          que no somos de acá ya.  
          Las que a los amos desprecian  
          a los mozos descaminan.  
          Si aquí nos deserafinan,  
          sepa que allá nos lucrecian.  
          Mandar puede a sus criados,  
          no a los que no la servimos.

*Quiere irse PORTILLO*

SERAFINA:     ¡Hola, oíd!

PORTILLO:     Convalecimos  
          si estábamos oleados.  
          Menos holas; más respeto;  
          que ya pasaron los días  
          que estábamos en Olías.  
          Mi señor es ya discreto.  
          Con desdén desdenes paga  
          y premia amor con amor;  
          yo sigo en esto su humor.  
          Soy Portillo y él Gonzaga.  
          Toda presunción es necia  
          y, como Portillo soy,  
          cerrado a vusía estoy  
          y abierto para Lucrecia.  
          Perdone.

SERAFINA:     Pues, ¿sabes vos  
          que la quiere mucho?

PORTILLO:     Mucho.  
          Desde ayer acá le escucho  
          extrañas cosas, ¡por Dios!

SERAFINA:     Pues ¿tanto priváis con él?

PORTILLO: Como en su servicio estoy,  
mozo de cámara soy  
y medro por cuerdo y fiel.

De cámara en camarada  
mudo el nombre y privo ya,  
pues ya ve cuán cerca está  
la cámara de privada.

Anoche le escuché a solas  
decir, "Pues que Serafina  
olvidarme determina,  
excusemos carambolas  
y en Lucrecia gustos labren  
firmezas que amor destierra.  
Donde una puerta se cierra,  
muchas dicen que se abren.

Pagar quiero su afición;  
que es bella moza y, en fin,  
Serafina será fin  
de mi necia pretensión."

Llamóme, y dijo, "Portillo,  
¿qué te parece Lucrecia?"  
Respondíle, "Moza es, recia.  
Ayer la vi el colodrillo  
que el mundo llama tozuelo  
y--¡vive Dios!--que me agrada  
del cogote a la papada.  
Ablande este caramelo  
durezas serafininas,  
si bien la condesa es tal,  
que no has de hallar otra igual  
a sus partes peregrinas."

Airóse y díjome, "¡Cómo,  
pícaro! Pues ¿no es primero  
Lucrecia?" Asíó el candelero,  
y asentómele en el lomo  
como si fuera ventosa.  
Apagósenos la vela;  
volvía a tomar, sopléla,  
y encendíla, que fué cosa  
que erizándole el cabello,  
me dijo, "Pues ¿tú la enciendes?"  
Y respondí, "Luego ¿entiendes  
que Portillo no es doncello?"

Replicóme, "Al mayordomo  
di que saque una librea  
que de las colores sea  
de Lucrecia." Yo que el lomo  
llevaba medio entumido,  
luego le sentí aliviado;  
que en dolores de criado  
es gran récipe un vestido.

Fuíselo a notificar  
y, cuando le volví a ver,  
"Sola Lucrecia ha de ser,"  
dijo, "quien me ha de sanar."

Trayéndole un labrador

un braco de mucho precio,  
dijo, "Llámenle Lucrecio."  
Envióle el emperador  
un papagayo y a un paje  
que le enseñase mandó  
a hablar; pero le advirtió  
que no fuese otro el lenguaje  
sino esta palabra sola  
en quien su venganza estriba,  
"Lucrecia, nuestra ama, viva;  
cola, Serafina, cola."  
Enójase con Tarquino  
porque a Lucrecia obligó  
a matarse, y hoy salió  
a ser de un niño padrino,  
y antes que le remojase  
en el agua santa el cura,  
ordenó que la criatura  
don Lucrecio se llamase.  
Colegid de aquesto vos  
el fin de vuestros desprecios  
pues nos vuelven en Lucrecios  
de Serafinos; y adiós.

*Vase PORTILLO*

SERAFINA: El conde cumple fielmente  
cuanto mi amor le ordenó;  
mas no le quisiera yo  
tan puntüal obediente.  
Que pensamientos aliente  
en Lucrecia, cuando ensaya  
ya burlas, ya veras, vaya;  
pero que de su afición  
se ofenda mi estimación,  
no, amor, que es pasar de raya.  
Para quererle yo bien,  
tan incapaz el gusto hallo  
que sólo de imaginallo,  
vuelve a nacer mi desdén;  
pero que con él me den  
su dama y el criado necio  
pesadumbre, es caso recio.  
¿Una ciega, el otro loco?  
Ni tanto, Amor, ni tan poco;  
olvido sí, no desprecio.  
Coheche ajenas caricias  
el conde; desembarace  
alma que en Lucrecia enlace  
y venga a pedirme albricias;  
mas pretender que malicias  
pena entre celos me den,  
¡eso no! Mírelo bien;  
que, para perder el seso,  
soy mujer, y en dando en eso,

¡a fe que le quiera bien!

*Sale ARNESTO*

ARNESTO: El emperador, señora,  
por el conde importunado,  
os restituye en su estado;  
mas con condición que agora  
vais a palacio y le deis  
de esposa a Ascanio la mano.

SERAFINA: ¿A quién?

ARNESTO: Con vos más humano  
de lo que vos pretendéis,  
sabiendo que a Ascamio amáis,  
a vuestro amor le ha dispuesto  
con que no os será molesto  
el conde que desdeñáis.

SERAFINA: Pues, ¿Ascanio viene en eso?

ARNESTO: Hízole el emperador  
de Milán gobernador;  
pierde por Lucrecia el seso  
Alfonso; y ella que estima  
más que vos cumplir el gusto  
del intercesor augusto  
desdenes a Ascanio intima  
y, en el conde trasformada,  
desposorios apresura.

SERAFINA: Débole yo mi ventura  
al César si ejecutada  
esa traza, el conde deja  
de conquistar mi rigor.

ARNESTO: Estad cierta que su amor  
memorias vuestras despeja  
del alma, que ocupa toda  
en Lucrecla.

SERAFINA: ¿Tan aprisa?

ARNESTO: Vuestro consejo le avisa  
pues dice que de esta boda  
sois vos la casamentera.

SERAFINA: ¡Yo! ¿Cómo o cuándo?

ARNESTO: No sé;  
pero él afirma que fue  
vuestra toda esta quimera  
porque le habéis persuadido  
que a Ascanio obligue por vos.  
A desposaros los dos

y en Lprecía divertido,  
ensaye nuevos amores;  
que se haga más desear,  
pues celos suelen causar  
apetitos en rigores.

Fue vuestro consejo el ayo  
que sus acciones guió;  
su amor con ella ensayó  
y quedóse en l ensayo.

Lo que me han mandado, os dejo  
dicho: si es premio o castigo,  
vedlo; que del enemigo,  
señora, el primer consejo.

*Vase ARNESTO*

SERAFINA: Todos se burlan de mí,  
el conde, el emperador.  
...Lucrecia, que es lo peor.  
¡Provechosa traza di!  
Pero si a Alfonso aborrezco  
y de él así me aseguro,  
si amante a Ascanio procuro  
y me dan lo que apetezco,  
¿qué envidia es la que me abrasa?  
¡Mas trueca Amor su veneno!  
Mírole al conde ya ajeno  
y a Ascanio que se entra en casa,  
y en países que se mercan,  
los más vistosos bosquejos  
enamoran desde lejos,  
y enfadan cuando se acercan.  
¿Qué remedio? A ver iré  
el fin de esto. Amor tirano,  
de seda he sido el gusano  
pues mi sepulcro labré.

*Vase SERAFINA. Salen FEDERICO y ALFONSO*

FEDERICO: No puedo yo creer que antiguo amante  
a Serafina hayáis aborrecido  
tan presto. Amor bien puede en un instante  
introducirse, conde, mas no olvido.

ALFONSO: Es un contrario de otro semejante  
en toda actividad y así ha podido  
gran señor, si el amor se engendra presto  
engendrarse el olvido que es su opuesto.  
La medicina, que imitar procura  
el amor ha enseñado al escarmiento;  
que si cuando la ardiente calentura  
llega al último punto de su aumento,  
se echa a pechos un golpe de agua, cura  
de tal manera su calor violento;

que sin que vuelva, como coge unidas  
sus fuerzas, de una vez quedan vencidas.

Creció mi amor hasta su punto activo  
dióme a beber de un golpe el desengaño,  
agua de agravios que en desdén esquivo  
me dio salud, y aniquiló mi daño.

FEDERICO: Para escuelas guardad ponderativo,  
conde, eee ejemplo si seguro, extraño;  
que el amor y el desprecio aborrecible  
no consisten en punto indivisible.

Por darme gusto a mí, disimulado,  
fingís olvidos que, aumentando enojos,  
imitarán el fuego que encerrado  
reventará después por boca y ojos.  
Vuestra lealtad de suerte me ha obligado  
que, a pesar de los bárbaros antojos  
de la condesa, ingrata a vuestro gusto  
o os ha de amar, o no he de ser yo agosto.

ALFONSO: Gran señor, vive el cielo que aunque fuera  
suficiente ocasión para olvidarla  
el mandármelo vos en cuya esfera,  
como mi fe, mi vida se avasalla;  
otra, si no mayor, tan verdadera  
me necesita a que con despreciarla,  
en Lucrecia mejore mis desvelos.

FEDERICO: Intentaréis con ella darla celos.

ALFONSO: No es sujeto de celos Serafina.

FEDERICO: Ahora bien, yo le he dado a vuestra instancia  
vuestros estados todos. Pues se inclina  
a Ascanio, sea su esposa.

ALFONSO: Es de importancia,  
si Ascanio obedeceros determina,  
para que escarmentada en su inconstancia,  
Lucrecia le aborrezca y en su olvido  
premie el amor que la he sustituido.

FEDERICO: Que de veras, Alfonso; ¿tendréis gusto  
en que le dos se casen?

ALFONSO: Lo deseo  
infinito, señor.

FEDERICO: Pues, yo me ajusto  
al vuestro aunque lo escucho y no lo creo.  
Conde, este ciego dios, tirano injusto  
que no estima victorias si el trofeo  
no establece en humanas monarquías,  
desorden es de las pasiones mías.  
Yo adoro a Serafina.





ALFONSO:                   ¿Qué hay que esperar respuesta  
de quien sirviéndole siempre os fue obediente?  
Yo haré cuanto mandáis.

FEDERICO:                Sacadme de esta  
sospecha, y con estado suficiente  
haré vuestra ventura manifiesta  
sin que vuestra privanza que en creciente  
mudanzas del rigor la hagan menguante.

*Vase FEDERICO*

ALFONSO:        Agora sí, ingratos cielos  
que, apretando los cordeles  
por mostraros más crüeles,  
celos guarneceís con celos;  
agora sí, mis desvelos  
que multiplicáis rigores;  
agora sí, mis temores  
que añadir males a males,  
primero celos iguales,  
ya celos emperadores;  
    ea, cumplamos agora  
preceptos de Serafina,  
del César que se le inclina,  
de mi suerte burladora.  
Mientras mi mal empeora,  
amor fingido mostremos,  
alma, a quien aborrecemos  
y ofendiendo a quien amamos,  
obedientes padezcamos  
porque a ingratos contentemos.  
    Que oprobios descortés diga  
a la condesa, el augusto  
me manda; y contra mi gusto  
al mismo rigor me obliga  
mi cautelosa enemiga.  
¿Quién--¡cielos!--jamás pensara  
que a tal extremo llegara  
mi suerte que en tal quimera  
con amores ofendiera,  
con ofensas obligara?  
    Puedo injuriando vengarme  
y, en vez de satisfacerme,  
será el vengarme perderme  
y el castigar castigarme.  
Llegan los dos a mandarme  
lo que pudiera ofenderlos;  
y cuando el satisfacerlos  
me está bien, por desabrirlos  
me despeño en deservirlos;  
me mato en obedecerlos.

¡Qué he de hacer?

*Sale PORTILLO*

PORTILLO:               La tal condesa  
que después que nos mudamos,  
como nos entarimamos  
nos atisba menos tiesa,  
me embilletó para tí.

*Dale un papel*

En lo que escribe repara  
y, si acaso se azucara,  
que no comes dulces dí.

ALFONSO:       ¡Papel agora! Pues bien,  
¿qué nos querrá la condesa?

PORTILLO:    Bobuna pregunta es ésa.  
Respuesta de ella te den  
letras de ese papelón;  
que pareces...

ALFONSO:       Bueno está.

PORTILLO:    ...al que, cuando el reloj da,  
pregunta, ¿las cuántas son?

*Lee*

ALFONSO:       *Lucecia, mi coadjutora,  
en mi nombre sustituida,  
o necia o desvanecida,  
es mi menospreciadora.  
Ella y yo iremos agora  
a palacio, e importará,  
si pena mi agravio os da  
que, mientras que esté delante,  
os preciéis de muy mi amante;  
que en esto la honra me va.  
Decidme muchas ternezas  
y haced de ella poco caso;  
que injurias que por vos paso  
se han de pagar con finezas.  
Halle en vuestras asperezas  
desengaño manifiesto  
quien soberbia se me ha opuesto.  
No os digo más, conde, adiós;  
que para cumplirlo vos,  
basta que yo guste de esto.*

PORTILLO:     ¡Bueno! ¿Qué alcalde de corte  
nos pudiera mandar más?  
¡Vive Dios, que si la das  
gusto... ¡Gentil pasaporte!

ALFONSO:     Déjame, Portillo, salte  
allá fuera.

PORTILLO:     Sálgase ella  
del mundo; que no hará mella  
en Milán, cuando nos falte.

ALFONSO:     Ea pues, no seas molesto.

PORTILLO:     Pues dejémosla los dos;  
que para que lo hagáis vos,  
basta que yo guste de esto.

*Vase hacia la puerta PORTILLO*

ALFONSO:     ¿Que esté tan apoderada  
esta tirana de mí,  
cielos, que me trate así?

*Asomándose a la puerta*

PORTILLO:     ¡Es una desvergouaada!

ALFONSO:     Bárbaro! ¡Viven los cielos!  
¿Tú te atreves...?

PORTILLO:     Soy Portillo;  
no puedo, señor, sufrillo.  
¿Sin amor pedimos celos?  
¿Gullorías en bisiesto?

ALFONSO:     Si no te vas, vive Dios...

PORTILLO:     Que para enojaros vos,  
basta que yo guste de esto.

*Vase PORTILLO*

ALFONSO:     Ya ¿de qué sirve, tormentos,  
mi sufrir y padecer?  
¿De qué importancia ha de ser,  
sin premios merecimientos?  
¿No ha de ser de Ascanio esposa?  
¿No la ama el emperador?  
¿No es ya imposible mi amor?  
Mi muerte, ¿no es ya forzosa?  
Pues dar contento al augusto  
y a mis agravios venganza;

donde murió la esperanza,  
mueran las leyes del gusto.

Vive Dios, que he de pagar  
con desprecios su desdén.  
Fingiré que quiero bien  
a quien comienza a envidiar.

Diréle a sus mismos ojos  
mil caricias, mi; amores;  
que en cambio de disfavores  
no es mucho feriarla enojos  
y si muriese ofendido,  
vengaréme de esta suerte;  
que quien muere dando muerte  
si no vence, no es vencido.

*Vase ALFONSO. Salen SERAFINA y ASCANIO*

SERAFINA: Tengo yo mil razones,  
Ascanio, para ofenderme  
cuando pensáis convencerme  
de amantes obligaciones.

Deseábaos yo mi amante  
porque de mí presumía  
que para amarme tenía  
prendas de caudal bastante.

Amáisme por vuestro amigo  
en fe de que os ha obligado  
y no es bien que ejecutado,  
os desempeñéis conmigo.

Ved cuán justamente dudo,  
agraviada de los dos,  
pues puede el conde con vos,  
lo que mi amor nunca pudo.

Desvelos del gusto tiernos  
encienden perfetas llamas;  
vos dais a cambios las damas  
trocándolas por gobiernos;  
y temo, siendo esto ansí,  
que si mi amor no os desprecia,  
lo que hoy hacéis de Lucrecia,  
haréis mañana de mí.

Ése, Ascanio, es desvarío.  
¡Bueno es, si os desafió  
el conde, que quede yo  
por premio del desafío  
y que en tan grosero alarde,  
hallando infame salida,  
deis la dama por la vida,  
y os quiera yo por cobarde!

Andad, Ascanio, con Dios.

ASCANIO: Diérais yo satisfacciones  
si convencieran razones  
la poca que he visto en vos.

Creed que honrados respetos

me han obligado confuso  
a lo mismo que rehusó,  
y que a declarar secretos  
--que es bien que el alma los guarde--  
quedáades persuadida  
a que sois desvanecida  
harto más que yo cobarde.  
Una cosa sola os digo,  
y está aquí para los dos:  
que a admitir mi oferta vos,  
me diéades más castigo  
que el que entendéis que me dais  
cuando burla de mí hacéis  
porque vos no merecéis  
las prendas que en mí agraviáis.

*Vase ASCANIO. Salen ALFONSO y LUCRECIA. ALFONSO  
habla a LUCRECIA cerca de la puerta sin reparar en SERAFINA*

ALFONSO: No pudiera otra que vos,  
señora, sacar del alma  
memorias, que por antiguas  
conservé inmortalizadas.  
Como quien de las mazmorras  
el triste esclavo rescata,  
os debo miéntras viviere  
reconocimiento y gracias.  
Mi restauradora fuistes  
si bien diré que me sacan  
de una prisión por prenderme  
en otra no tan tirana  
pero no menos estrecha.

LUCRECIA: Alfonso, como palabras  
no corran en vos al uso,  
y en obras se satisfagan,  
yo quedaré tan contenta  
que deberé a mis mudanzas  
reconocimientos justos  
y de memorias contrarias  
sabrán hechizos de Amor  
sacar olvidos que os hagan  
agradecido a mi fe  
y os den de agravios venganzas.

ALFONSO: Solo en vos mi amor empleo.

*Sale ARNESTO y habla aparte con ALFONSO*

ARNESTO: Alfonso, el César me manda  
advertiros que allí oculto,  
lo que os ha ordenado aguarda.

ALFONSO: Que lo cumplo responded.

*Vase ARNESTO*

(¡Cielos! Allí está mi ingrata. **Aparte**  
Satisfaced con desdenes  
las ofensas que me abrasan.)

*A ALFONSO aparte*

SERAFINA: Conde, quien amó de veras  
en las ocasiones arduas,  
olvidando ingratitudes  
cumple leyes de su dama.  
Mirad que estoy yo presente.

ALFONSO: (Agora es tiempo, venganzas, **Aparte**  
que castiguéis presunciones.  
Pues con Ascanio se casa  
y el emperador la adora,  
voluntad menospreciada,  
llegad y decidla oprobios.  
Mataremos pues nos matan.)

*A ella*

Verdugo de mis deseos,  
cuando los desdenes pasan  
a desengaños...

*Clava la vista en ella y túrbase*

(¿Qué importa **Aparte**  
que pasen mientras repasan  
rayos de esa luz, divinos,  
pensamientos que restauran  
y, en viéndoos, rigores vuestros  
juzgan bienaventuranzas?)  
Digo...(¡Ay, cielos! ¡Que la adoro!) **Aparte**  
...digo que el César me manda...  
Miento; que no tiene el César  
jurisdicción en las almas.  
Lucrecia, grata a mi amor...  
(Mas ¿qué importa que sea grata **Aparte**  
si os adoro?) Os aborrezco.

*Muy turbado*

Iba a decir...La acompañan  
tantas prendas de hermosura...  
No, señora, no son tantas

como las que en vos me hechizan...  
(¡Ay, contradicciones vanas!) **Aparte**  
Es tan bella... No es tan bella  
como voz.

*Van saliendo FEDERICO y ARNESTO a espaldas de los dos  
en frente de ALFONSO*

ALFONSO: Y en fin, que salga  
o no el César; que se enoje,  
o se alegre, que deshaga  
en mí el disfavor su hechura ....  
Pero aquí, condesa amada,  
¿qué tiene que ver el César?  
Mas sí tiene pues os ama.  
Pero tenga o no, yo os quiero  
desengañar.

*Dirigiéndose a FEDERICO que todavía  
está retirado, y que a la primera palabra de ALFONSO, le  
hace una señal amenazadora*

Ya se acaban  
de declarar, gran señor,  
Mis agravios. (¡Me amenaza! **Aparte**  
No hay por qué; ya le obedezco.)  
Digo... que os quiero--privanzas,  
adiós--que os quiero, en efeto;  
os quiero más que a mi alma.

*Vase ALFONSO*

FEDERICO: Prended aquel desleal,  
Arnesto; ponedle guardas.  
Prended también la condesa.

SERAFINA: ¿Pues yo, señor...?

FEDERICO: Vos sois causa  
del desacato presente.  
Tengan por cárcel sus casas;  
que mi rigor hará cuerdos  
locos que mi gusto agravian.

*Vanse FEDERICO y ARNESTO*

SERAFINA: Presa voy; mas vencedora.  
Lucrecia, poco se arraigan  
frutales en tierra ajena  
porque, en fin, es su madrastra.  
Aprende otra agricultura.



*Vase SERAFINA*

LUCRECIA: Corrida estoy. Confianzas,  
obligar amor con celos  
es criar silvestres plantas.

***FIN DEL SEGUNDO ACTO***

# ***ACTO TERCERO***

*Salen ASCANIO y FEDERICO*

ASCANIO: Preso queda en Montflorei,  
de doce archeros guardado,  
sin permitir que un criado  
siquiera quede con él.  
Sola una legua de aquí  
dista aquesta fortaleza.

FEDERICO: ¿Y muestra el conde tristeza?

ASCANIO: Podréte afirmar que vi,  
a vuestra alteza, señales  
en su rostro de valor  
humilde, pues ni el temor,  
que con disfavores reales  
suele afeminar sujetos,  
descompuso su semblante  
ni, temerario arrogante,  
atropellando respetos  
destempló la autoridad  
que siempre en él conocimos.

FEDERICO: ¿Qué dijo?

ASCANIO: Sólo le oímos  
decir, "De su majestad  
desgraciada hechura soy.  
Pues de esto se satisfizo,  
¿qué importa si ayer me hizo  
que a deshacerme vuelva hoy?  
Del mismo modo en su casa  
está, señor, la condesa  
contenta, puesto que presa.

FEDERICO: ¿Contenta? ¿De qué?

ASCANIO: Le pasa  
por el pensamiento que es  
cuidado de tus desvelos  
y que la prendes por celos  
del conde, y este interés  
la desvanece.

FEDERICO: Sí hará.  
Mas ¿de qué lo conjetura?

ASCANIO: Es soberbia la hermosura.  
Como el conde preso está  
porque en su amor permanece  
prométela su ambición  
triumfos de tu inclinación  
y con ellos se enloquece.

FEDERICO: Ahora bien, Ascanio, vos  
sucedéis en el lugar  
del conde y quiero mostrar  
que soy César con los dos.  
Con él dándole castigo,  
con vos servicios premiando  
porque rebeldes postrando,  
leales priven conmigo.  
Los títulos que le di,  
los cargos que administró,  
los estados que heredó  
y en feudo vuelven a mí,  
son vuestros, de ellos os hago  
merced.

ASCANIO: Y yo, gran señor,  
por tan augusto favor,  
con los labios satisfago  
mi dicha, que en estos pies,  
sellándolos, la sublimo.  
Serviros es lo que estimo  
y mi honor, señor, después.  
De Alfonso, a cuya amistad  
debo toda mi ventura,  
soy agradecida hechura.  
Vuestra sacra majestad  
a su instancia me admitió  
en su cámara y servicio;  
gracias pide el beneficio,  
gran señor, que agravios no.  
Si este puesto he merecido,  
alcance yo fama igual  
con vos de fiel y leal  
y con él de agradecido.  
No murmuren desbocados  
que, cuando por él poseo  
el estado en que me veo,  
le quito yo sus estados.  
Amigos somos los dos;  
yo sé que cuanto más fiel  
me halléis, gran señor, con él  
tendré más lugar con vos  
y que vuestra majestad  
mientras no le sirvo en esto  
en mayor crédito ha puesto  
la opinión de mi lealtad;  
cuanto y más que el conde ha sido  
tan fiel, que por él responde...

FEDERICO: No me roguéis por el conde  
cuando con él ofendido  
castigo su ingratitud.  
Ascanio, haced lo que os digo.

ASCANIO: Con vos fiel, con él amigo,  
volviera por la virtud  
que de él publica la fama  
si indignaros no temiera.

FEDERICO: ¿Es virtud que el conde quiera  
y solicite a mi dama  
y, habiéndole yo mandado  
que dé la mano a Lucrecia  
cuando por mí le desprecia  
Serafina, deslumbrado  
por su rebelde esperanza,  
me ofende competidor?

ASCANIO: Luego, ¿es cierta, gran señor,  
la amorosa confianza  
que en vos tiene Serafina?

FEDERICO: Tanto como el desacato  
que culpo en el conde ingrato.

ASCANIO: ¿Y él lo sabe?

FEDERICO: Y determina  
perseverar en amarla.

ASCANIO: Pintan con facilidad  
apariencias de verdad  
los celos para ofuscarla.  
Mire, señor, vuestra alteza  
que me ha persuadido a mí  
que la sirva porque así,  
o por probar su firmeza,  
o por ser mutable en todo,  
se lo mandó Serafina.  
Pues si a su gusto se inclina  
el conde Alfonso de modo  
que contra su mismo amor  
sus pesares solicita,  
¿cómo creeré que compita  
con vos el conde, señor?

FEDERICO: Esto es cierto; pero ¿amáis  
vos, Ascanio, a la condesa?

ASCANIO: Forzado intenté esa empresa  
si bien después que mostráis  
cuidado en favorecerla,  
aunque antes me quiso bien,  
tratándome con desdén,  
tengo ya que agradecerla.

FEDERICO:     Pues, Ascanio, si os pidió  
                  eso el conde--que lo dudo--  
                  con él la condesa pudo  
                  lo que no he podido yo.  
                  Ella le bastó a obligar  
                  que vuestro tercero fuese;  
                  yo le mandé que sirviese  
                  a Lucrecia por premiar  
                  en los dos un mismo amor  
                  y así en sus culpas excede  
                  si una mujer con él puede  
                  lo que no un emperador.  
                  Yo tengo de desterrarle;  
                  que ir contra mi voluntad  
                  especie es de deslealtad  
                  y vos habéis de beredarle  
                  o seguiréis su fortuna.

ASCANIO:     Señor, si el privar es cosa  
                  de suyo tan peligrosa  
                  como al sosiego importuna  
                  y en el ejemplo presente  
                  escarmientos solicito,  
                  pues por tan leve delito  
                  vos, César el más clemente,  
                  despedía de vuestra gracia  
                  a quien tanto habéis querido  
                  antes que os haya ofendido.  
                  Menor será mi desgracia  
                  si al principio del servir  
                  sus medras vengo a perder;  
                  que poco teme el caer  
                  el que comienza a subir.  
                  Desinteresable sigo  
                  la amistad que me ha obligado;  
                  seré sin vos desdichado  
                  mas no seré falso amigo.  
                  Ni las envidias dirán  
                  que la ambición me contrasta,  
                  cuando...

FEDERICO:     Basta, Ascanio, basta.  
                  Salid luego de Milán.

ASCANIO:     Siento el ver que os ofendéis  
                  de mi lealtad, y Dios sabe...

FEDERICO:     Dadme primero...

ASCANIO:     La llave...

FEDERICO:     ...los brazos que merecís  
                  por amigo incontrastable,  
                  favorecido clemente,  
                  desengañador prudente,  
                  privado no interesable.

Pruebas hago de lealtades  
que de este modo examinó  
porque apartar determino  
lisonjas de las verdades.

Vuestro proceder hidalgo  
alabanzas os dé nuevas;  
yo proseguiré estas pruebas  
pues que de ellas tan bien salgo.

Ya no hay para qué encubriros,  
cuerdas disimulaciones.  
No ocupo imaginaciones  
de amor con que persuadiros  
que celos de la condesa  
tienen a Alfonso en prisión;  
antes, que en tal opinión  
me hayáis tenido, me pesa.

Quiero bien al conde, y siento  
que después de tantos años  
ni le curen desengaños  
ni le enseñe el escarmiento  
cuán mal se deja obligar  
una mujer con servicios;  
pues, en ellas, beneficios  
son añadir agua al mar.

Parecióme que el respeto  
y amor con que me asistió  
siempre el conde, cuando yo  
fingiese amarla en secreto,  
a obligarle bastaría  
para no la pretender,  
y así el temor y el poder  
combatieron su porfía.

Prometíome de olvidarla  
dando la mano a Lucrecia;  
mas toda promesa es necia,  
de amor, al ejecutarla,

Mandéle que se mostrase  
tan desdeñoso con ella  
que el no dudar de ofendella  
mis celos asegurase.

Ofreciólo y, en efeto,  
apenas llegó a mirarla  
cuando, por no disgustarla,  
vino a perderme el respeto.

Sentílo como era justo,  
si no celoso, indignado;  
que es el conde mi criado  
y debiera hacer mi gusto  
atropellando su amor;  
pues, en fin, si imaginaba  
que yo a Serafina amaba,  
competir con su señor

ya veis si fue atrevimiento.  
Por esto le hice prender.  
Quise, Ascanio, después ver  
que tan firme fundamento

en vos tiene su amistad;  
y al cabo de pruebas, hallo  
en vos amigo y vasallo  
y en él amor y lealtad.

ASCANIO: Pues, gran señor, siendo así,  
si como decís le amáis,  
ya quea asegurado estáis  
del conde Alfonso y de mí,  
salga libre y el perdón  
merezca quien vio delante  
su dama y cortés y amante  
obedeció a su afición.

FEDERICO: No, Ascanio; ya he comenzado  
a hacer experiencias de él  
y le hallo, puesto que fiel,  
algo desacreditado.

De ayer con publicidad  
preso, si hoy le libertase,  
no es mucho que murmarase  
Milán mi facilidad.

Saber pretendo, en efeto,  
si a mis pruebas corresponde;  
que, por lo que estimo al conde,  
le deseo muy perfeto.

Codicioso de que en vos  
he hallado un perfeto amigo,  
mis experiencias prosigo.  
Veamos si sois los dos  
iguales en la lealtad  
y hasta dónde la ley llega  
de Alfonso.

ASCANIO: Por él os ruega  
su inocencia y mi amistad  
segura de lo que os ama,  
pues es cosa conocida  
que dará el conde la vida  
por vos.

FEDERICO: Sí, mas no la dama.

ASCANIO: Es de otro predicamento  
eso aunque, si os importara,  
yo sé que la desterrara  
por vos de su pensamiento.

FEDERICO: Pues eso quiero probar.

ASCANIO: ¿De qué modo, gran señor?

FEDERICO: De su pertinaz amor  
tengo de experimentar  
la fineza y, juntamente,  
los quilates de la fe

con que me sirve; saldré,  
después que lo experimente  
o con un vasallo a prueba  
que nuestros siglos asombre,  
cierto de que no hay hombre  
que perseguido, se atreva  
a permanecer leal.

ASCANIO: ¡Gusto extraño!

FEDERICO: ¡Y provechoso!  
Si, saliendo victorioso,  
confío de su caudal  
el peso de mi corona.  
En esto habéis de ayudarme.

ASCANIO: Bien podéis, señor, fiarme  
pues vuestro favor me abona  
lo que mandáis.

FEDERICO: El secreto  
es lo primero.

ASCANIO: Y será  
eterno en mí.

FEDERICO: No sabrá  
por vos, siendo tan discreto,  
el fin de esta pretensión  
el conde.

ASCANIO: Aunque soy su amigo,  
A ser fiel con vos me obligo.

FEDERICO: ésa es noble obligación.  
Venid, pues, y os daré cuenta  
de cosas que han de admiraros.

ASCANIO: Ya es delito el replicaros

FEDERICO: Mi porfía, Ascanio, intenta  
que aborrezca a Serafina  
el conde y le tenga amor  
ella.

ASCANIO: Difícil, señor,  
es la empresa.

FEDERICO: Así examina  
los ánimos mi experiencia,  
de un desdén siempre constante  
y una voluntad amante,  
igual a su resistencia.

*Vanse FEDERICO y ASCANIO. Sale ALFONSO*



ALFONSO:       ¿Tan grande fue mi exceso,  
tan pocos mis servicios,  
la indignación de Federico tanta  
que aborrecido y preso,  
a vulgares jüicios  
me exponga el César que su corte espanta?  
¡Oh, adversidad que santa  
en tí los desengaños  
ojos abren al alma contra engaños,  
que a prosperidad ciega y encanta!  
¡Qué loco desvaría  
quien de los hombres esperanzas fía!  
    No tiene coyunturas  
el bruto corpulento  
que en cándido marfil libró su estima  
y así en las espesuras  
para cobrar aliento,  
no cama, un tronco escoge a que se arrima;  
mas para que le oprima  
el cazador le asierra;  
recuéstase sobre él y, dando en tierra,  
en lugar de aliviarle, le lástima.  
Nunca me derribara  
si al árbol del favor no me arrimara.  
    ¡Ayer favorecido,  
hoy preso, hoy sin estado!  
¡Ayer causando envidia, hoy escarmiento!  
¿Tan presto se ha ofendido?  
¿Tan cerca está, cuidado,  
la voluntad del aborrecimiento?  
Múdase un elemento  
en otro fácilmente;  
región elemental llamó un prudente  
al príncipe. ¡Qué bien lo experimento!  
¡Oh, reales condiciones,  
leves por peregrinas impresiones!  
    Mas sin razón me quejo,  
y con ella el augusto  
pretende castigar mi inadvertencia.  
Desprecié su consejo,  
ppúseme a su gusto,  
solicité a quien ama en su presencia.  
Quien hace competencia,  
no a un César, al amante menos noble  
venganza alienta doble.  
Yo mismo contra mí me doy sentencia.  
Yo mismo, mi enemigo,  
pronuncio en mis disculpas mi castigo.

*Sale PORTILLO, de carbonero*

PORTILLO:       ¡Diz que no le había de ver!  
¡Señor de mi corazón!

ALFONSO:     ¡Portillo! ¿qué es esto?

PORTILLO:                 Son  
industrias que sabe hacer  
el amor con que te pago  
las mercedes que te debo.  
Muchas cosas hay de nuevo;  
la privanza pisa en vago.  
Vedáronme el asistirme  
en la prisión envidiosos  
que, en tu daño poderosos,  
no cesan de perseguirte;  
mas yo que vivir no quiero  
sin tí--española lealtad--  
busqué en la necesidad  
ardides; y carbonero,  
no propietario, de anillo,  
tres rusticos soborné  
y en su compañía entré  
cargado en este castillo  
de una sera de carbón.  
Dejéla al primer zaguán  
y de desván en desván  
en busca de tu prisión  
topo con una azotea.  
Suspiros abajo siento.  
Dije, "Aquí es el prendimiento."  
Encuentro una chimenea,  
subo encima, y atisbando,  
te escuché, aunque no te vi,  
querellas que no entendí.  
Yo, entonces, desañudando  
dos lías para el efeto  
apercebidos, las ato  
al cañón y en breve rato,  
como tuétano me meto  
por la negra cerbatana  
hecho un tizne volatín.  
Nevaban copos de hollín  
hasta que en la losa llana  
hago pie y, por los tapices  
tentando, contigo he dado  
donde haz cuenta que he bajado,  
señor, por unas narices.

ALFONSO:             ¡Ah, Portillo! En esto paran  
prosperidades del suelo.

PORTILLO:     Ése, tu Ascanio, recelo,  
según algunos reparan,  
que fue cuervo que críaste  
para sacarnos los ojos.  
Nunca el César tuvo enojos  
contigo, si lo notaste,  
hasta que le introdujiste  
en esta negra privanza.

ALFONSO: No desdores la alabanza  
que en su amistad siempre viste.

PORTILLO: No haré; mas cosa es sabida  
si ejemplos he de alear,  
que el que comienza a privar  
juega a salga la panida.  
De tu prisión se ha encargado;  
gobierna la imperial casa;  
todo por su mano pasa;  
que te sirva me ha vedado;  
ya nos mira con capote  
y, a quien las manos le besa,  
habla una palabra, y ésa  
al soslayo de un bigote.

ALFONSO: ¿Qué dice Milán de mí?

PORTILLO: Lo que en tales novedades  
acostumbren necedades  
plebeyas. Anoche oí  
Tres o cuatro que a una esquina  
sobre tu prisión echaban  
juicios, y me causaban  
a un tiempo risa y mohina.  
Uno dijo, "Yo he sabido  
de persona muy de allá  
cuán culpado el conde está  
y que alzarse ha pretendido  
con Milán y Lombardía  
matando al emperador;  
que, como sin sucesor  
murió Filipo María  
s duque y vuelve el derecho  
al imperio, por llamarse  
duque, quiso despeñarse."  
"No es eso, a lo que sospecho;"  
dijo otro, "yo me he informado  
que ha un año que con el conde  
el turco se corresponde  
Y que esperanzas le ha dado  
de entregarle a toda Hungría."

ALFONSO: ¡Jesús! ¡Qué temeridad!

PORTILLO: "Que como de poca edad  
a su rey Ladislao cría  
el César en su poder,  
darle muerte es fácil cosa."  
"Esa fama es mentirosa;"  
dijo el tercero, "a mi ver,  
no es sino porque intentaba  
con su hermana la princesa  
casarse, y en esta empresa,  
robándola, imaginaba  
pasarse a Grecia con ella."

Dijo otro, "¡Ésa es gran locura!"  
"Quien a mí me lo asegura,"  
respondió, "lo supo de ella."  
"No hay tal." "Sí, hay tal." "Es mentira."  
"Quien miente, miente; yo no."  
En esto desenvainó  
espadas el vino e ira;  
que uno y otro anduvo igual  
porque el vino y los aceros  
miéntras se están en los cueros,  
en su vida hicieron mal;  
mas saliendo--es cosa llana  
que luego ha haber peleona--  
asomóse una fregona  
a este tiempo a la ventana  
y, andando todo confuso,  
la mano de un almirez  
tras un "agua va" fue juez  
que en paz a todos los puso.

ALFONSO:        ¡Buena anda, honor, vuestra fama!  
                  ¡Buena, cielos, mi opinión!

*Sale ASCANIO*

ASCANIO:        Conde, los que amigos son...

PORTILLO:       (Escóndome tras la cama.)     **Aparte**

ASCANIO:        ¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?

PORTILLO:       (Vióme. ¡Par Diós, de esta vez     **Aparte**  
                  hay gargarismo de nuez!)

ASCANIO:        ¿No respondéis?

PORTILLO;                Señor, sí.

ASCANIO:        ¿Quién sois vos?

PORTILLO:                ¡Lo que vosea!  
                  Novicio soy carbonero.

ASCANIO:        ¿Quién?

PORTILLO:        Decendiente primero  
                  soy de aquesa chimenea.  
                  Deseos de mi señor  
                  me descolgaron abajo.  
                  Vendo carbón a destajo.  
                  Perdóneseme este error;  
                  que no ha podido ser menos  
                  aunque, mientras que lo trata,  
                  más vale salta de mata.  
                  Pardiós, que riego de buenos.

*Vase PORTILLO*

ASCANIO: Conde, ¿así el orden se guarda  
del emperador?

ALFONSO: ¿En qué  
sus órdenes quebranté  
si preso y con tanta guada,  
el fiel reconocimiento  
de en criado aventiró  
su vida, y a verme entró  
no con mi consentimieto?  
Amigo Ascanio, dejad  
que logre un criado mío  
lealtades; cuando los fío  
de vuestra noble amistad;  
que atrevimientos de amor  
no son dignos de castigo.  
Decid, ¿cómo está conmigo  
Federico, mi señor?  
Que trayéndoos a su lado,  
ya su enojo habrá tenido  
fin y habiendo intercedido  
por mí vos tan su privado,  
claro está que envía a sacarme  
de la prisión; claro está  
que el César os mandará  
a su presencia llevarme.  
¡Qué buen apoyo dejé  
en mi adversidad con vos!  
¿Calláis? Habladme, por Dios.

ASCANIO: Alfonso, sólo os diré  
que paga mal la condesa  
finezas de vuestro amor  
por ella. El emperador  
--sabe Dios lo que me pesa  
decíroslo--está dispuesto...  
Fáltame el ánimo, conde.  
Mi turbación os responde.  
Riesgo corréis manifiesto.  
Confiad de mí; que os precia  
de suerte mi voluntad  
que si por vuestra amistad  
de servir dejé a Lucrecia,  
dejara agora el favor  
del César que por vos gozo,  
por impedir el destrozo  
que amenaza vuestro honor.  
No es la muerte el mayor mal  
para quien valor profesa;  
peor es que la condesa  
prueba que sois desleal  
con papeles y testigos.

Lucrecia, que fiel os ama  
vuestra vida y vuestra fama  
contra envidias y enemigos,  
defender de modo intenta  
que alegando lo que os debo,  
por mandármelo, me atrevo  
a dar de mí mala cuenta.

Pero en fin por ella y vos,  
mi dama ella, vos mi amigo,  
el orden que me dio sigo,  
obligado de los dos.

Confuso estáis. No me espanto,  
mas esta llave y papel  
os aconseje; que fiel,  
por no deteneros tanto,  
hallaréis--si pagar sabe  
extremos vuestro valor--  
en este papel su amor,  
mi amista en esta llave.

*Déjaselos, y vase ASCANIO*

ALFONSO:       ¿Qué es esto, cielos? ¿Qué es esto?

¿Qué enigmas, qué confusiones  
añaden persecuciones  
a riesgo tan manifiesto?  
¿Mal con el César me ha puesto  
Serafina? ¿Desleal yo,  
y que el César lo creyó,  
y que ella fue contra mí?  
Desamorada, eso sí;  
pero traidora, eso no.

Mas, si Ascanio lo asegura,  
si lo confirma Lucrecia,  
si en fe de que me desprecia  
rinde al César su hermosura,  
si contra mí se conjura  
el cielo esta vez, crüel,  
si acometen de tropel  
desdichas a un perseguido,  
¿de qué duda mi sentido?  
Confírmelo este papel.

*Lee*

*Con Serafina en secreto  
esta noche se desposa  
el César y, cautelosa  
vuestro honor pone en aprieto.  
Contra su imperial respeto  
el estado milanés  
dice, Conde, al francés  
os ofrecéis de entregar  
poque él os promete dar*

*a Parma y Milán después.  
Testigos--no serán fieles--  
os acusan a su instancia.  
Cartas enseña de Francia.  
¡Tan malo es guardar papeles!  
Los indicios son crüeles.  
Riesgo corre vuestra vida.  
Yo os amo aunque ofendida,  
aunque no espero obligaros  
quiero quedar, con libraros,  
a mí misma agradecida.*

*Ascanio. que pagar sabe  
correspondencias de amigo,  
os favorece conmigo  
por medio de aquesa llave.  
El peligro insta y es grave;  
no hay guarda que la salida  
a media noche os impida.  
Huid, si sois cuerdo, conde,  
y escribidme después donde.  
Líbreos Dios la fama y vida.*

*¡Ea, Fortuna! ¡Ea, cielos!  
Quíteme vuestro rigor.  
Poco es la vida, el honor.  
Mátenme deshonra y celos.  
Los ambiciosos deseos  
de la condesa crüel  
al César, porque con él  
se casa y mi amor ofende.  
Tras desdeñarme me vende,  
él ingrato y ella infiel.*

*¿Persuadiréme al consejo  
que me da Lucrecia? ¿Huiré?  
No fama; que aumentaré  
sospechas si huyendo os dejo.  
Siempre fuisteis, vos mi espejo;  
pero si así como así  
contra vos y contra mí  
afila el rigor la espada,  
no quedáis, honra, manchada;  
matándome el César, sí.*

*Mas no; que en morir despierto  
la compasió y piedad;  
que sacaré la verdad  
a luz y mi fama al puerto.  
No hay envidias contra un muerto;  
hasta el sepulcro acompaña  
la emulación más extraña  
al que en vida persiguió.  
Sabrá el mundo que mintió  
la que al César ciego engaña.*

*Acabemos juntamente  
con mi vida, honra, y con vos.  
Juntos vivimos los dos.  
Morir juntos es decente;  
mas sea estando presente*

quien nos fulmina castigos;  
que, tal vez contra testigos,  
si la pasión no sentencia,  
la cara de la inocencia  
desmiente a los enemigos.

No es huir el presentarse  
al juez; antes es valor.  
Condene el emperador  
mi lealtad sin ausentarse.  
Acabe ya de vengarse  
Serafina, a quien molesto  
fue siempre mi amor honesto;  
que si se excusa de enojos  
por verme muerto a sus ojos,  
servirla quiero hasta en esto.

*Vase ALFONSO. Salen SERAFINA y ASCANIO*

ASCANIO: Dicen en fin, condesa,  
que de casar con vos os da promesa  
el duque de Saboya  
si sus intentos vuestro amor apoya,  
y admitís en secreto  
presidio en el Casal para que a efeto  
pueda llegar el trato  
de asaltar una noche a Monferrato.  
Federico ofendido,  
a daros muerte estaba persuadido  
si Alfonso, vuestro amante,  
no os amparara, y con valor constante  
testigos desmintiera  
y a informarse mejor le persuadiera.  
En fin, ni asegurado  
el César por el conde, ni indignado  
contra vos totalmente,  
el medio que halla en tanto inconveniente  
es mandaros que luego  
al conde deis la mano y en sosiego  
pongais alteraciones  
que empiezan a culpar vuestras acciones;  
pues siendo vos su esposa,  
se asegura ésta fama peligrosa,  
quedando desmentidos  
indicios de envidiosos y atrevidos.

SERAFINA: Yo, Ascanio, no me altero  
oyendo falsedades; que es de acero  
mi valor y en la cara  
el leal o el traidor lo que es declara.  
Esta verdad supuesta,  
desengañadme antes que os dé respuesta.  
¿De qué manera el conde  
me ampara con el César y responde  
en mi defensa a insultos  
que afirma algún traidor conservo ocultos  
si por él mismo preso,  
indiciado también del propio exceso,



en vez de hacer favores,  
necesita cual yo de intercesores?

ASCANIO: habéis os engañado;  
no está en prisión el conde que es privado  
del César, en quien fía  
el peso de su augusta monarquía.  
Creyó, como os amaba,  
que por vos con el duque conspiraba;  
pero ya satisfecho,  
nuevas mercedes su favor le ha hecho  
y tanto con él puede  
que no viviréis vos si él no intercede.

SERAFINA: ¿No le prendió por celos?

ASCANIO: Privilegiaron de ese mal los cielos  
al César que ni os ama  
ni dio jurisdicción a torpe llama  
du pecho victorioso  
jamás a asaltos del amor ocioso.  
Si no le ocasionaran  
a prenderos sospechas que reparan  
medios que os he propuesto,  
no fuera vuestro risgo manifiesto.  
Sed vos de Alfonso esposa;  
saldréis de estos peligros victoriosa.

SERAFINA: Ascanio, es desatino  
doblar mi inclinación por tal camino.  
Sangre Gonzaga tengo;  
antiguo es mi valor; de reyes vengo  
y nunca vio traidores  
Italia en sus ilustres sucesores.  
Examine verdades  
el César y no ofenda calidades;  
que yo no soy persona  
que de ese modo su lealtad abona  
ni dejo satisfecha,  
con dar la mano al conde, la sospecha  
que con tan necia traza  
en vez de averiguarla, la disfrazo.  
Cuando yo al conde amara  
--que en mí fuera prodigio--rehusara  
que esposo mío fuera  
quien darme en cara cada vez pudiera  
que, por verme señora  
de Monferrato, al César fui traidora.  
No, Ascanio: haga el augusto  
información bastante, pues es justo;  
que si salgo inocente,  
ya podrá ser que al conde amar intente.

ASCANIO: El orden que me ha dado,  
condesa, os he leal notificado;  
pues le rehusáis, el cielo

os libre del peligro que recelo.

*Vase ASCANIO*

SERAFINA: Con Lucrecia compito.  
¿Si es ella quien me impone este delito?  
¡Ay locas presunciones!  
¿En esto paran imaginaciones  
que Amor facilitaba,  
creyendo yo que el César me adoraba?  
¡No sólo no me estima  
pero indignado mi opinión lastima!

*Sale ALFONSO, hablándole de dentro*

ALFONSO: Dejádme entrar, o por fuerza...

SERAFINA: ¿Qué es esto?

ALFONSO: Inútiles guardas  
¿de qué sirven a quien siempre  
halló la puerta cerrada  
a amantes correspondencias?

SERAFINA: ¡Conde!

ALFONSO: Véngate, tirana,  
de quien siempre aborreciste  
si hay sin injurias venganzas.  
Igualmente compitieron  
tu desdén y mi constancia,  
mi amor y tu ingratitud,  
tu menosprecio y mis ansias.  
Venció tu aborrecimiento  
sin que obligaciones tantas  
torcer tus rigores puedan  
con ser la mujer mudanza.  
Ejemplo de amantes fui,  
ejemplo serás de ingratas;  
empeños de amor me debes,  
moneda de agravios pagas.  
Servíte siempre, adoréte  
desde mi primera infancia.  
Déjame alegar servicios.  
Serán las últimas mandas  
que en trágico testamento,  
deudora, heredera te hagan  
de mis estados y vida  
ilustre con pruebas tantas.  
Niño te ame, y desde entonces,  
tiranizándome el alma,  
te idolatro como a dueño;  
tratástela como a esclava,  
quitásteme la salud,

sacásteme de mi patria,  
desheredásteme en vida,  
perdí por tí mi privanza,  
por tí desprecié a Lucrecia,  
de mi prisión fuiste causa  
y, ocasionando mi muerte,  
la opinión que conservaba  
también tu rigor destroza  
porque despojado vaya  
de la lealtad y la hacienda,  
de la vida y de la fama.  
Si te adora Federico,  
si ya, emperatriz, te casas  
para que de estas prisiones  
a gozar su laurel salgas,  
¿por qué mi opinión lastimas?  
¿Por qué mi sangre maltratas  
cuando traiciones me impones,  
cuando lealtades agravias?  
¡Yo conspirador aleve  
contra el César! ¡Yo al de Franela  
le entrego a Milán! ¡Yo intento  
gozar afrentoso a Parma!  
Si, como siempre te he sido  
aborrecible, te cansas  
de que viva en tu presencia  
y piensas que la esperanza  
del imperio que apetece  
mis celos te desbaratan,  
quítame leal la vida  
no el honor que despedazas.  
Para servirte hasta en esto,  
de las prisiones me sacan  
imperios de tu desdén.  
Mi muerte huyendo excusara  
a no ver que la deseas,  
a no recelar mi infamia,  
a no obedecer tu gusto,  
a no dilatar mis ansias.  
Si el tálamo de tus bodas  
ha de ser éste, haz, tirana,  
que el túmulo de mi muerte  
también sea; al César llama,  
pisa lealtades, crüel,  
y, mi cabeza a tus plantas,  
pon su diadema en la tuya  
y verá el mundo en entrambas  
la firmeza en la desdicha,  
la crueldad en la constancia,  
y, castigando inocencias,  
la ingratitude coronada.

SERAFINA: ¿Qué es esto, conde? ¿Qué es éste?  
Cuando el César me amenaza,  
deslealtades me atribuyen,  
testimonios me levantan,

vuestro favor me defiende  
y, con segundas privanzas,  
a Milán causáis asombros,  
a la envidia quebráis alas.  
¿Decís que os desautorizo,  
que por mí el César os mata,  
que destruyo vuestro honor,  
que a vuestra prisión doy causa?  
Si son coronas augustas  
sentencias, notificadas  
por Ascanio, de la muerte  
que ya mi desdicha aguarda,  
bien decís, pues enemigos  
intentan con pruebas falsas  
desacreditar mi honor  
y dar qué decir a Italia.  
Ya sé lo que en esto os debo,  
ya sé que el César me manda  
casar con vos o morir.  
¡Ojalá que no quedara  
mi opinión, después de muerta,  
a discreción de la fama  
del vulgo que las más veces  
deshonra y ninguna alaba!  
¿Querréisme vos por esposa  
cuando yo, conde, os amara  
--que ni puedo, ni es razón  
forzar potencias hidalgas--  
con opinión de traidora  
para que entibiando llamas  
la posesión del deseo,  
me deis cada vez en cara  
que fui desleal al César?  
No, Alfonso, la muerte acaba  
si no deshonra la vida.  
Muera yo dando venganza  
a vuestra leal firmeza  
y saldréis vos a la causa  
de mi crédito, si en muerte  
como en vida, el que es noble ama.

ALFONSO:       ¿Qué decís, señora mía?  
                  ¿Vos desleal?

*Salen ASCANIO y ARNESTO*

ASCANIO:                Quien quebranta  
                          prisiones, no está inocente;  
                          que el huir, culpas señala.  
                          ¿Qué es esto, conde?

ALFONSO:                Morir  
                          delante de quien me agravia  
                          en fe que a su ingratitude  
                          mi amor constante se iguala.

ARNESTO: Condesa, el César me envía.  
Escuchad lo que os encarga  
aparte.

*ARNESTO se desvía con SERAFINA a un lado*

A que os notifique:  
o salir en su desgracia  
desterrada de su imperio,  
o desmintiendo probanzas  
que a vuestra opinión se oponen  
dar a Alfonso fe y palabra  
de esposa.

*Sale LUCRECIA, dirigiéndose a ALFONSO y  
hablando aparte con él a otro lado*

LUCRECIA: El emperador  
me envía a que os persüada,  
conde, si desvanecer  
queréis testigos y cartas  
que vuestro valor desdoran,  
y que paguéis la constancia  
de mi amor, siendo mi esposo,  
pena de ser en Italia  
de desdichados ejemplo,  
dándoos muerte. Interesada  
en vuestra vida, os suplico  
si no por quien tanto os ama  
como yo, por vuestro honor,  
que obedezáis lo que os manda.

ALFONSO: Perdonad, Lucrecia hermosa,  
que quien tiene enajenada  
la libertad, ya no puede  
serviros ni retirarla.  
¿Dé qué servirá ofrecer  
un cuerpo que está sin alma  
ni una voluntad cautiva?  
De mi vida el César haga  
su gusto; que no sé yo  
que dándoos la mano, salga  
de mi lealtad ofendida  
la opinión limpia y sin mancha.  
Reconozco lo que os debo  
pero, en quien el caudal falta,  
cuando las obras no pueden,  
agradecimientos bastan.

SERAFINA: Responded, Arnesto, al César  
que siendo acción voluntaria  
la que tálamos admite  
y, yo de sangre Gonzaga,  
mo pago pechos por fuerza

ni en mí podrán amenazas  
lo que el tiempo no ha podido  
que me doy por desterrada.

ASCANIO:    Apercebíos pues, Alfonso;  
              que habéis de morir mañana.

SERAFINA:   ¿Cómo? ¿Quién ha de morir?

ASCANIO:    El conde Alfonso.

SERAFINA:                ¡Qué extraña  
                              resolución! ¿Qué hizo el conde?

ASCANIO:    Servicios, que vos, ingrata,  
              ni pagáis, ni conocéis  
              siempre rebelde y tirana  
              a la voluntad del César;  
              que a persuadiros no basta:  
              probar así que con vos  
              se conjura, y al de Francia  
              vender a Milán pretende.

SERAFINA:    Pues si muere por mi causa,  
              lo que ni mi inclinación  
              ni imperiales circunstancias  
              pudieron conmigo, puedan  
              de su amor las pruebas raras.  
              Muera, si muere, mi esposo.  
              Dadme esa mano.

ALFONSO:                ¡Qué gracias  
                              no debo dar a la muerte  
                              pues mi fe por ella alcanza  
                              lo que no merecí vivo!  
                              ¡Ojalá resucitara  
                              para morir muchas veces  
                              obligándoos otras tantas!

*Danse las manos*

En mi muerte hallé mi dicha.

LUCRECIA:    Serafina, si desgracias  
              de Alfonso excusar queréis,  
              el César me dio palabra  
              de volverle a su favor,  
              siendo mi esposo. Dad traza  
              que lo sea, o morirá.

SERAFINA:    ¿Cómo, si el César me manda  
              por mi dueño le admita,  
              quedando su fe obligada,  
              como yo cumpla en gusto,  
              a volverle a su privanza?

LUCRECIA: Engañado os han, condesa.

SERAFINA: Los Césares nunca engañan.

*Sale FEDERICO*

FEDERICO: Es verdad; pruebas han sido  
que para vuestra alabanza  
hizo el amor y el poder  
dándoos a los dos la palma  
de constantes invencibles  
y a mí el premio de esta hazaña  
pues lo que el conde no pudo  
con vos, industrias acaban  
que he puesto en ejecución,  
ufano de ver que enlazan  
opuestas inclinaciones  
coyundas de amor sagradas.  
En fin, conde, victorioso  
habéis salido, a mi instancia,  
del desdén de la condesa.  
Duques sois los dos de Mantua  
y de Valencia del Po;  
conde Ascanio, si se casa  
con Lucrecia.

ALFONSO: Ensalce el mundo  
blasones de tal monarca.

FEDERICO: No hay quien vuestra lealtad culpe.  
Fingida ha sido esta traza  
para conseguir el fin  
que en dichas muda desgracias.  
Vuestro padrino he de ser.

*Sale PORTILLO*

PORTILLO: Si al conde mi señor matan,  
muera a su lado Portillo  
y honre lealtades de España.

ALFONSO: La tuya premiaré yo,  
digna de que de mi casa  
tengas el gobierno todo.

PORTILLO: Dame a besar treinta patas;  
pero ¿no hay degollamiento?

ALFONSO: Antes el César levanta  
mi lealtad a nuevas dichas.

PORTILLO: Viva más que vivió el arca  
de Noé.

ALFONSO: El amante firme  
que inclinaciones contrasta,  
dando su estado y sufriendo,  
méritos como yo alcanza.  
Dar, sufrir y merecer  
son las partes necesarias  
que doblan inclinaciones.  
Aprenda en mí quien bien ama.

## ***FIN DE LA COMEDIA***

***Freeditorial*** 